

MOVIMIENTOS SOCIALES Y POLÍTICA EN BRASIL

ORIGEN Y OCASO
DE LA NUEVA REPÚBLICA

Breno Bringel

 EN
MOVIMIENTO

 CLACSO

Movimientos sociales y
política en Brasil
Origen y ocaso de la Nueva República

Movimientos sociales y
política en Brasil
Origen y ocaso de la Nueva República

Breno Bringel



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial

Julián Rebón y Bernardo Mançano Fernandes - Coordinación de la colección

Bringel, Breno

Movimientos sociales y política en Brasil: origen y ocaso de la nueva República / Breno Bringel. -

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.

Libro digital, PDF - (En movimiento)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-894-7

1. . 2. Movimiento Social. 2. Brasil. 3. Política. I. Título.

CDD 324

Corrección: Juan Von Zeschau

Diseño de cubierta: Ezequiel Cafaro

Diseño y diagramación: María Clara Diez



© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Suecia

Sverige

Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Presentación En Movimiento	7
Introducción.....	9
La Nueva República como ciclo político	21
Las protestas de junio de 2013 como evento crítico	43
Dinámicas de derechización, el golpe de 2016 y el bolsonarismo	65
Los sentidos de la reconstrucción del país	85
Bibliografía	99
Sobre el autor	103

Presentación

En Movimiento

La potencia de las luchas sociales se destaca en los trazos de la historia reciente y en la geografía de nuestra América. Diferentes movimientos y, en ocasiones, verdaderas rebeliones ciudadanas han empujado cambios en los tiempos sociales y políticos de nuestra región. Estas luchas ponen en cuestión desde la práctica colectiva los clivajes de la desigualdad persistente, los modelos de desarrollo excluyentes y ecológicamente no sustentables, así como la anemia democrática y el autoritarismo. En su desenvolvimiento vetan gobiernos y políticas, promueven demandas que desbordan los canales institucionales, constituyen identidades colectivas, configuran territorios como resistencias y existencias, factualizan experiencias de transformación y superación, renuevan el debate público, ponen *En Movimiento* a la sociedad. Pero la movilización no es patrimonio exclusivo de los sectores populares, ni de las fuerzas progresistas y las izquierdas.

También se hacen presentes acciones colectivas de diverso tipo que se activan en respuesta a avances logrados por estas luchas y por las experiencias de gobiernos populares. La política de las calles y de los campos representa así un elemento significativo en la disputa por el futuro y el horizonte del cambio. El Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales pone a disposición de las y los lectores esta colección de libros que, en clave de difusión, se propone dar cuenta de los principales movimientos, revueltas y conflictos de la América latina y el Caribe del siglo XXI. Desde diferentes tradiciones del pensamiento crítico y las ciencias sociales, la biblioteca *En Movimiento* pone en debate la riqueza y el protagonismo de estas luchas y los senderos de transformación que abren.

Bernardo Mançano Fernandes
Julián Rebón

Introducción

La política brasileña contemporánea parece transcurrir al ritmo de una serie de Netflix. A cada día, un nuevo episodio vertiginoso. A cada capítulo, nuevos personajes, antes desconocidos para la gran mayoría de los brasileños, emergen de manera repentina y con mucha centralidad, aunque suelen desaparecer con la misma rapidez. A estas alturas, nadie parece acordarse, por ejemplo, de un personaje como Eduardo Cunha, diputado conservador de Río de Janeiro que entre febrero de 2015 y julio de 2016 fue presidente del Congreso de los Diputados, quien llegó a ser una pieza clave en el proceso de *impeachment* contra Dilma Rousseff en un momento en el que él mismo estaba siendo investigado por ocultar cuentas personales en el extranjero. También parece haber quedado ya en un pasado casi remoto las filtraciones por parte de *Intercept Brasil* de conversaciones privadas en las que el entonces ministro de justicia Sergio Moro, en su momento juez federal responsable por la prisión del por entonces

expresidente Lula Da Silva en abril de 2018 en el seno de la *Operación Lava Jato*, interviene políticamente de forma constante en los rumbos de las investigaciones, rompiendo su parcialidad.

La velocidad de la trama es trepidante. Tenemos también una mezcla curiosa de improvisación, intrigas, traiciones, acciones criminales y conspiraciones que mantienen a toda la población en vilo, a la expectativa de qué vendrá con el siempre imprevisible capítulo siguiente. La alusión a Netflix no es casual. La multimillonaria empresa estadounidense, que se expandió globalmente en 2013 tras la proyección de *House of Cards*, proyectó de forma exclusiva dos polémicas series sobre la política brasileña. La primera de ellas, *El Mecanismo*, se estrenó en marzo de 2018. Se trata de una serie inspirada en las investigaciones de *Lava Jato* que lleva al terreno de la “semi-ficción” las investigaciones sobre denuncias de corrupción en empresas brasileñas de construcción y de petróleo. Por otro lado, en junio de 2019 se estrenó *Al filo de la democracia*, documental que mezcla lo personal y lo político para explorar el proceso que llevó a la destitución de la presidenta Dilma Rousseff.

La repercusión de ambas producciones estuvo inmersa en controversias. En el primer caso la serie indignó a los militantes del Partido de los Trabajadores (PT), a Lula y a Dilma, quienes

llegaron a amenazar denunciar a Netflix, mientras fue celebrada por diversos sectores de las derechas por difundir la lucha contra la corrupción. El director de la serie, José Padilha, aunque luego se arrepintiera, se declaró en aquel momento fan de Sergio Moro, presentándolo como un héroe. Argumentó también que no se podía confundir la serie con la realidad ya que antes de cada episodio un anuncio legal advierte que la serie “está basada *libremente* en hechos reales”.

Pero en Brasil, en los últimos años, la realidad ha superado la ficción. Dos miembros de la Procuraduría vinculados a *Lava Jato* afirmaron que no tenían *pruebas* para detener a Lula, pero que tenían *convicción* sobre el papel del expresidente en el esquema de corrupción de Petrobras. Uno de los ministros de Bolsonaro, entonces titular de la cartera de educación, grabó y difundió a finales de mayo de 2019 un video bailando y cantando con un paraguas la canción *Singing in the Rain* para decir que llovían *fake news* contra el gobierno.

Podríamos seguir con un sinfín de ejemplos es-
perpénticos, pero reales. En todo caso, la analogía de la política brasileña con las series de Netflix nos permite entender al menos tres importantes problemas del actual momento histórico en el país (y más allá). En primer lugar, así como en los guiones de las series, la política brasileña parece limitarse,

para la mayoría de sus intérpretes y protagonistas, a una serie de acontecimientos superpuestos, todos ellos desplegados en el corto plazo. En esta lógica casuística tenemos un *evento* tras otro, pero una incapacidad para pensar la política como *proceso*. Eso es doblemente grave porque, por un lado, el proceso no puede ser entendido como una mera suma de eventos, sino que es resultado de un encadenamiento complejo de actores, tendencias, temporalidades y relaciones de fuerza. Y, por otro, porque se produce una profunda miopía del presente que restringe miradas más amplias, cerrando nuestro horizonte de posibilidades y de futuro.

A esta restricción temporal tenemos, en segundo lugar, otra barrera que opera como un dispositivo político y epistemológico que oculta e invisibiliza actores y experiencias que no aparecen en la trama: la *polarización*. Es como si todo aquello que no aparece en la serie de Netflix no existiera. En otras palabras, al limitar la realidad a dos polos antagónicos –aunque asimétricos– la polarización reciente ha opuesto en Brasil en los últimos años el PT y su campo político a un espectro amplio de derechas que ha confluido en el anti-petismo como identidad, en una agenda moral conservadora como un signo personal-cultural y en la lucha contra corrupción como un mantra. Todas aquellas personas y colectividades que no se encajan en la

polarización son apartadas del tablero, infantilizadas o, en el caso de las izquierdas, acusadas de “hacerle el juego a las derechas” por no apoyar al PT y ver el país tambalearse. Esta barrera de la polarización también tiene importantes consecuencias para una agenda crítica: suele homogeneizar a las derechas y reducir la “izquierda” a Lula y al Partido de los Trabajadores.

Por fin, en tercer lugar, la derecha aparece como una fuerza activa y movilizadora tanto en las series como en la realidad. Pero si bien su fortalecimiento en los últimos es incuestionable y preocupante, no todo lo que se mueve es movimiento. Si los estudiosos de los movimientos sociales han tendido a analizar casi siempre solo a los movimientos de izquierda o emancipadores, todavía debemos complejizar más nuestros análisis sobre las *dinámicas de derechización* y sus movimientos.

Teniendo en cuenta estos elementos, este libro busca realizar un análisis panorámico del proceso sociopolítico brasileño de las últimas cuatro décadas, poniendo en relación diferentes dinámicas y temporalidades. En sus páginas, el/la lector/a encontrará un análisis de los acontecimientos recientes de la política brasileña, sin por ello atarse a lo meramente coyuntural. El libro analiza el origen y el ocaso de la Nueva República, el período iniciado en los años ochenta con el fin de la dictadura

militar que es puesto en jaque en la última década con una dinámica gradual de retrocesos democráticos y ataques a sus principales pilares, incluyendo los agentes, agendas e instituciones que dominaran la escena pública en el Brasil contemporáneo.

La historia republicana brasileña empieza a finales del siglo XIX con diferentes olas de democratización y de retrocesos democráticos (o de desdemocratización). Lo que se conoce en el debate nacional como la Nueva República corresponde formalmente a lo que buena parte de la historiografía define como la Sexta República del Brasil. Este periodo es analizado en el presente libro como un ciclo político marcado por un proceso que se despliega en el mediano plazo en los sistemas políticos y societales, configurando y movilizandoo agentes, agendas e instituciones relativamente estables a lo largo del tiempo.

La Nueva República estuvo caracterizada por la combinación de elementos contradictorios de democratización y de (neo)liberalismo, y se sostuvo por un pacto social-liberal que empezó a resquebrajarse en la última década. Sostengo que la Nueva República empieza con un ciclo de protestas instituyente de alta intensidad a partir de 1978 y empieza a cerrarse a partir de otro gran ciclo de protestas, las movilizaciones masivas de junio de 2013, en este caso mayormente destituyente. En el

medio se ubica un ciclo político que se va afianzando y marcando una agenda relativamente estable, con múltiples acuerdos de gobernabilidad, a la que todos los agentes tuvieron que responder, independiente de los colores de los gobiernos.

Me interesa entender los elementos de estabilización y desestabilización de la política nacional en las últimas décadas, tratando de articular lo social y lo político. Me uno a los esfuerzos interpretativos que, sin descuidar las coyunturas críticas del presente, tratan de analizar la procesualidad sociopolítica. Más allá de las elecciones y de los gobiernos, eso exige captar los elementos de relativa continuidad de la vida social y política a lo largo del tiempo, a la vez que aquellas inflexiones sociohistóricas que producen cambios de rumbo. Busco alejarme de las lecturas neopositivistas del proceso político, abundantes hoy día, que apenas se interesan en el conflicto y en los acontecimientos críticos, centrándose casi exclusivamente en los efectos que estos producen en los sistemas políticos. Estas perspectivas, en general excesivamente electoralistas, institucionalistas y estadocéntricas, se basan en una concepción reduccionista y deductiva del proceso (socio)político, según la cual siempre hay una relación causa-efecto del tipo “si las condiciones X e Y se satisfacen, Z siempre sucederá”.

Inspirado en la sociología política del proceso político (McAdam, 1982) y en el pensamiento latinoamericano sobre el tema (Brachet-Márquez, 1996; Bringel y Donoso Ramos, 2020; Di Tella, 1985; Garretón, 2002; Ospina, 2020; Svampa, 2018), me inclino por valorizar las configuraciones y tendencias sociohistóricas, la contingencia, la multiplicidad, los elementos cognitivos y culturales, y los patrones sociopolíticos en una triangulación constante entre prácticas, materialidad e imaginarios. Busco, en esta línea, reconstruir y examinar los pactos y las divisiones inter-elites, los cambios cumulativos, los desafíos a los actores establecidos, los acontecimientos y eventos críticos, las mediaciones políticas y la producción de sentido que hace posible (u obstruye) la acción colectiva y los anhelos de cambio social a lo largo de las últimas décadas en Brasil.

El presente libro se compone de cuatro capítulos: el primer capítulo analiza la Nueva República como un ciclo político, discutiendo su contexto de emergencia, su inicio convulsionado, los elementos constitutivos que permitieron su estabilización y las primeras señales de cansancio de este momento de la historia nacional. El segundo capítulo se detiene en las protestas de junio de 2013, entendidas como un evento crítico, altamente heterogéneo, que marca un antes y un después en la sociedad y en la política brasileña. Localizo los principales actores y

campos de acción en disputa en Brasil y los diferentes sentidos y dinámicas de las movilizaciones y del momento que se abre a partir de ellas. Ya el tercer capítulo se dedica a analizar las dinámicas de de-rechización del país y de impugnación de la Nueva República, examinando las apropiaciones de las protestas de junio de 2013 por diferentes agentes, el contexto previo y posterior al golpe parlamentario de 2016, el gobierno Bolsonaro y el bolsonarismo. A modo de cierre, el cuarto y último capítulo discute los sentidos actuales de la reconstrucción del país, tratando de superar las visiones que entienden que dicha tarea se deba restringir a la restitución y a la restauración de lo que teníamos antes. En dirección opuesta, esbozo algunos elementos que pueden ayudar a la renovación y a la transformación del escenario sociopolítico en medio de un mundo extremadamente conturbado.

Las ideas desarrolladas en este libro tratan de sintetizar para un público amplio –y latinoamericano– algunos de los principales hallazgos e interpretaciones de mis investigaciones llevadas a cabo en los últimos diez años con el apoyo financiero del Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico de Brasil (CNPq), la Coordinación

de la Formación del Personal de Nivel Superior (CAPES) y la Fundación de Apoyo a la Investigación del Estado de Río de Janeiro (FAPERJ). Junto a argumentos nuevos, retomo algunas publicaciones previas, muchas de ellas aparecidas originalmente en portugués, actualizándolas y articulándolas analítica y narrativamente con el objetivo de reconstruir los rasgos principales del proceso sociopolítico brasileño. Dado el perfil del libro y de la colección en la que enmarca, las referencias bibliográficas se han restringido a lo mínimo.

Parte de las ideas presentes en este libro fueron elaboradas conjuntamente con José Maurício Domingues y Geoffrey Pleyers, ambos amigos y coautores a quienes agradezco por la complicidad de larga data. Por la intensa discusión sobre muchos de los temas que aparecen en el libro, extiendo mis agradecimientos a Aercio Oliveira, Ana Claudia Teixeira, Angela Alonso, Charles Pessanha, Cristiana Losekann, Esther Solano, Evanildo Barbosa, Francisco (Franck) Tavares, Leonilde Medeiros, Luciana Ballestrin, Marcelo Kunrath Silva, Marco Antonio Perruso, Marília Sposito, Paulo Henrique Martins, Pedro Borba y Ricardo Fabrino. De gran importancia también son los intercambios más recientes con Sabrina Fernandes y las múltiples conversaciones sobre política con mis colegas del Instituto de Estudios Sociales y Políticos

de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (IESP-UERJ), especialmente con Adalberto Cardoso, Argelina Figueiredo, Carlos Milani, Christian Lynch, Fabiano Santos, Guilherme Leite Gonçalves, Maria Regina Soares de Lima, y las/os/es investigadores del Núcleo de Estudios de Teoría Social y América Latina (NETSAL), puerto seguro para la construcción colectiva.

Fuera de Brasil, también tuve la oportunidad de compartir varias de las ideas aquí presentes y recibir excelentes comentarios en espacios y foros en muchos países. El Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo y el Pacto Ecosocial e Intercultural del Sur han sido espacios clave para mí para construir colectivamente diagnósticos sobre la política regional, pero también horizontes alternativos. En términos de espacios colectivos, más allá de los múltiples intercambios por el camino, dejo mis agradecimientos especiales a aquellos que contribuyeron a agudizar mi mirada a los fenómenos aquí tratados y se convirtieron en amigos/as e interlocutores imprescindibles: Alberto Acosta, Alexander Gamba, Alexis Cortés, Alfredo Falero, Ángel Calle, Federico Schuster (*in memoriam*), Heriberto Cairo, Julián Rebón, Kathya Araujo, Manuel Antonio Garretón, Maristella Svampa, Paolo Gerbaudo, Sabrina Zajak, Sid Tarrow y Teivo Teivainen. Enara ha sido

mi interlocutora más cercana. A ella y a Gaia, quien nació en abril de 2018, el mismo día en que Lula ingresaba en prisión, les dedico estas páginas, con la esperanza de que otro mundo sigue siendo posible.

Rio de Janeiro / Madrid, mayo de 2024.

La Nueva República como ciclo político

El proceso de redemocratización social y política vivido en Brasil durante las décadas del setenta y ochenta pasó página a varias décadas de modernización conservadora y al régimen dictatorial iniciado tras el golpe militar de 1964. Existe cierto consenso en la historiografía brasileña en considerar el año 1978 como un marco fundamental de la “apertura política” del gobierno civil-militar y, por ende, como el inicio del proceso de transición democrática que culminaría formalmente en 1985 con la caída de los militares y el establecimiento del primer gobierno civil. Durante este periodo, la tensión continua entre los militares y las fuerzas democratizadoras generó una dinámica de concesiones del régimen y conquistas de la sociedad en el marco de una coyuntura de resistencia y lucha democrática (Nascimento, 2007). Al contrario del periodo anterior marcado por el enfrentamiento armado y la negación de alianzas con sectores más

amplios de la oposición a la dictadura y de la propia izquierda, a partir de mediados de los setenta se genera una amplia plataforma de lucha por las libertades democráticas.

Desde entonces, regresan paulatinamente los exiliados y empiezan a rearticularse muchos grupos que habían sido desactivados por el golpe militar de 1964 y por la represión posterior. A la vez, como afirmó Sader (1988), nuevos personajes entraron en escena: movimientos sociales urbanos y sindicales, pero también los movimientos negro, feminista, estudiantil, ecologista, indígena y el germen de algunos movimientos campesinos en las zonas rurales, que confluían en la campaña de las *Diretas Já* (“Directas Ya”), por la celebración de elecciones directas para presidente.

Las huelgas en 1978 y la autoorganización popular consagraban a los trabajadores en cuanto sujetos que se movían políticamente a partir de otra base: sus propias experiencias de trabajo, de reproducción social, de conocimiento sindical y de la propia política. Las referencias a las ideas de “sujetos históricos” y de “autonomía” eran recurrentes. De este caldo de cultivo emerge la figura de Lula da Silva, entonces presidente del sindicato de metalúrgicos de São Bernardo y Diadema, en lo que se conoció como un “nuevo sindicalismo” configurado a partir de prácticas distintas a la estructura

sindical previa, más jerárquica y muy subordinada al Estado. Esto se plasmó en dos factores principales interrelacionados: la ampliación de la participación de las bases en la acción sindical y la asunción de un alto grado de conflicto social plasmado en continuas huelgas.

Emergieron también movilizaciones y experiencias locales en varias ciudades brasileñas, con reivindicaciones populares vinculadas a la vivienda, el transporte, la sanidad, la educación, las escuelas infantiles, entre otros temas. Los derechos humanos fueron otro de los ejes clave de movilización social, cuyas demandas se canalizaban constantemente al sistema político. El Movimiento por la Amnistía fue, al lado del movimiento obrero y sus huelgas, uno de los principales vectores de lucha, aunque la Ley de Amnistía fue, finalmente, una conquista de carácter parcial. Tras la promulgación de la ley en agosto de 1979, todavía quedaban presos por liberar, exiliados por volver, crímenes, asesinatos y desapariciones impunes y, ante todo, un aparato represor en el poder. En medio a esta correlación de fuerzas, se amnistió a los torturadores y a los agentes de la dictadura en una transición sin política de memoria, que tendría muchas consecuencias posteriores en Brasil, con nefastas implicancias para los derechos humanos.

En este contexto se funda en 1980 el Partido de los Trabajadores (PT) y la Central Única de los Trabajadores (CUT) y en 1984 el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST). Junto a la militancia en los territorios, la movilización social pasó a dirigirse también hacia el Estado, tratando de canalizar la voluntad popular por restablecer el derecho al voto. La campaña nacional conocida como *Diretas Já* movilizó sectores muy amplios de la sociedad en la búsqueda de la democratización política, desde su primera manifestación pública en noviembre de 1983 en São Paulo hasta la más importante en abril de 1984, cuando logró, según la Policía Militar, reunir en el Valle del Anhangabaú, también en São Paulo, a aproximadamente 1.400.000 personas. A pesar de las amplias movilizaciones, la enmienda constitucional que proponía la realización inmediata de elecciones generales para la sucesión del general Figueiredo fue derrotada en el Congreso Nacional en abril de 1984. Se optó por la realización de elecciones indirectas, una solución continuista y moderada que representaba la alternativa de las élites políticas de la época. Se eligió a Tancredo Neves que murió pocos días antes de asumir el cargo, dando paso a su vice José Sarney que gobernó el país entre marzo de 1985 y de 1990.

El convulsionado inicio de la ‘Nueva’ República brasileña

La Nueva República brasileña arranca formalmente en este momento como un ciclo político que aglutina elementos contradictorios. Por un lado, está marcada por la democratización política y una agenda progresista en derechos sociales. Por otro lado, posee un carácter conservador en lo económico y en muchos de sus rasgos del régimen político, debido al pacto de élites entre el régimen autoritario y parte de la oposición democrática que forjó una “transición por transacción”, al establecer límites políticos importantes al cambio político y permitir a las fuerzas autoritarias mantener una fuerza electoral e institucional significativa (Share y Mainwaring, 1986).

Aunque el ciclo de protestas previo tuvo un carácter instituyente y fue fundamental para la emergencia de la Nueva República como un nuevo ciclo político en Brasil, el proceso de transición democrática se dio de forma gradual y negociada entre los sectores dominantes, con una buena dosis de intervención y tutela por parte de los militares. Es importante combinar esta doble mirada: por un lado, el impulso desde abajo de los movimientos

sociales y otros sectores de la sociedad civil; por otro lado, los intentos de las élites políticas y económicas de abrir el régimen sin perder sus espacios de influencia política. Más que un cambio, hubo un recambio de élites. Pero no podemos ver la Nueva República solo como un proceso construido “desde arriba”, puesto que fue resultado de una confrontación política entre actores y sectores diversos.

Afin a esta mirada, Sallum Jr. (1996) sugiere que dos movimientos distintos, pero asociados, coexisten en el inicio de la Nueva República: por un lado, la desconcentración política progresiva y, por el otro, la desagregación del Estado desarrollista que había servido como marco de referencia desde la década del treinta. Eso hace que la Nueva República nazca en medio a múltiples crisis: en lo social, la intensa movilización social y los aires democratizadores desde la sociedad generan una efervescencia social que interpela fuertemente el sistema político; en la política, el fin del régimen militar da lugar a una crisis del pacto de dominación previo entre militares, empresarios y élite política, provocando desplazamientos en los actores y sus acuerdos y negociaciones; en lo económico, el fin del pacto estatal-desarrollista que había reinado durante las décadas previas se enfrenta a un escenario de deslegitimación del modelo por ineficiencia y alarmantes datos, como la deuda externa, la alta inflación y la incapacidad

para mantener tasas de crecimiento y mediar en la apropiación de renta generada en el país entre capitales nacionales y extranjeros. Junto a eso, surge una fuerte presión internacional para que Brasil desregulara su economía.

Este escenario provoca la gran pregunta emergente en este momento inicial de la Nueva República: ¿cómo estabilizar el país ante múltiples convulsiones y crisis en lo social, lo político y lo económico? Durante el gobierno de José Sarney (1985-1990), las respuestas fueron claramente insuficientes. La inestabilidad macroeconómica aumentó, no se logró combatir la inflación y se implementaron políticas de ajuste requeridas por organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI). En el terreno social, la conflictividad social siguió en ascenso y sobresalieron algunas luchas por alternativas populares de la democracia emergente: los movimientos sociales urbanos se renovaron, se expandieron algunos “nuevos movimientos sociales” con demandas más específicas, étnicas y culturales, y se dio un crecimiento significativo de los movimientos rurales, con el MST a la cabeza, con el apoyo de las comunidades eclesiales de base, empezando a actuar como movimiento aglutinador de las luchas sociales del campo.

Pero serían las campañas y la participación popular en torno al proceso constituyente uno de los

hechos que más incidencia tendría en términos de impacto político. A partir de 1985 empezaría a ganar forma el debate de la Constituyente como una de las piezas centrales de la agenda institucional de la transición. Este mismo año es lanzado en Duque de Caxias (Río de Janeiro) el Movimiento Nacional por la Constituyente por un conjunto de organizaciones populares. La iniciativa se diseminaría por todo el país y, en septiembre de 1985, se crearía la Plenaria Pro-Participación Popular en la Constituyente.

En febrero de 1987 se inauguró la Asamblea Constituyente, con una base de partidos políticos mayoritariamente conservadores. No obstante, se admitía la posibilidad de introducir “enmiendas populares” al proyecto de la nueva Constitución. La movilización y discusión en el seno de las organizaciones populares culminó con la presentación de 122 enmiendas, reivindicando nuevos derechos (Michiles, 1989). Las movilizaciones de la Constituyente generaron muchas redes de confianza entre actores sociales en su articulación de demandas hacia el sistema político, y su proceso de discusión supuso una prueba de fuego sobre las perspectivas de futuro y el proyecto de país que se deseaba construir. Las propuestas más radicales (como la de una reforma agraria integral) se diluyeron en gran medida dentro del enfrentamiento institucional entre conservadores y sectores más

progresistas. No obstante, el producto final de la Constitución de 1988 concluyó en un texto con varios elementos de inclinación progresista.

Tras la constituyente, las elecciones a presidente de 1989 volverían a aglutinar una serie de movilizaciones y un gran interés de la sociedad como un todo. Eran las primeras elecciones directas a presidente tras 29 años. Para la mayoría de los movimientos sociales, la candidatura de Lula representaba el proyecto democrático y popular frente al proyecto elitista del hasta entonces desconocido Collor de Mello. La estrecha victoria de Collor en la segunda vuelta llevaría a la implementación del “Plan Collor” que supuso una apertura del mercado nacional y el inicio de un programa nacional de desestatalización que profundizó la recesión económica y recortó miles de puestos de trabajo. Así, la crisis de la “forma-Estado” brasileña, predominante desde el varguismo, empezó a enfrentarse con la receta neoliberal en sintonía con los dictámenes del Consenso de Washington. Su apuesta por el neoliberalismo más radical sintonizó con gobiernos vecinos como el de Carlos Andrés Pérez en Venezuela, Carlos Menem en Argentina, Jaime Paz Zamora en Bolivia, o Carlos Salinas de Gortari en México. Las protestas sociales contra el gobierno Collor no tardaron en aparecer, siendo las más masivas las que empezaron a producirse tras los

escándalos de corrupción que condujeron a su *impeachment* a finales de 1992.

Los “caras-pintadas” fueron los actores más destacados en las movilizaciones públicas durante el proceso del *impeachment*. Se conocían así por pintar sus caras con los colores negro, verde y amarillo. Eran jóvenes y estudiantes, la mayoría de ellos sin experiencia previa en el movimiento estudiantil, que tomaron las calles marcados por una amplia pluralidad ideológica. El *Fora Collor* se irradió por todo el país, en la mayoría de los casos sin banderas de partidos políticos, y teniendo como eje central de movilización la cuestión moral y ética.

En el mismo año, también se celebraría, en 1992, en Río de Janeiro, la Cumbre de la Tierra. En este evento confluían los “nuevos movimientos sociales” (ecologistas y feministas, principalmente), las tradicionales organizaciones comunitarias y religiosas y las ONG de carácter nacional e internacional. El evento marcaría un punto de inflexión importante no solo para el movimiento socioambiental, sino porque ejemplifica la tendencia de las dinámicas de movilización social durante los períodos posteriores: una combinación entre la acción más rupturista de algunos movimientos sociales y la acción de mayor cooperación e institucionalización de la acción colectiva de actores sociales como las ONG.

La estabilización de un ciclo político social-liberal

Si la Nueva República nace bajo el signo de la crisis estatal, en el contexto posterior al *impeachment* de Collor de Mello empieza a estabilizarse bajo el signo de un pacto social-liberal. Hay que distinguir aquí los rasgos más coyunturales de aquellos elementos que se van consolidando a posteriori como tendencias estabilizadoras de la Nueva República. Tras las tendencias inflacionarias de principios de la década que llegaron a rozar el 1000% al año, el Real aparece en 1993 como nueva moneda impulsada por el entonces ministro de Hacienda, el sociólogo Fernando Henrique Cardoso. La relativa estabilidad macroeconómica lograda con el “Plan Real” impulsó la candidatura de Cardoso a la presidencia al año siguiente, que ganó y empezó en 1995 su primer mandato. Entre ajustes fiscales y reformas estructurales, y una creciente liberalización comercial, desreglamentación y privatizaciones promovida por sus dos gobiernos, la agenda neoliberal fue instaurada de lleno por un gobierno que tenía como una de sus principales prioridades atraer la inversión del capital extranjero. De manera paralela, se produjo un proceso de creciente

desconfianza ciudadana hacia las “nuevas” instituciones democráticas y hacia las políticas públicas, unido a escándalos de corrupción, clientelismo y corporativismo.

En este contexto, buena parte de las fuerzas progresistas y de izquierdas decidieron apostar por la escala municipal, disputando y ganando varios ayuntamientos relevantes en el país, como la ciudad de Sao Paulo. El caso más emblemático fue el de Porto Alegre, gobernado por el PT por cuatro mandatos consecutivos entre principios de los años noventa y mediados de los dos mil, que sirvió de laboratorio mundial para la reinención de la democracia local. La apuesta por la universalización de los servicios públicos, la distribución de recursos y la instauración de una política de participación –institucionalizada de forma pionera a través de los presupuestos participativos, en la cual la población decidía a dónde iba la mitad del presupuesto municipal– se convirtió en un símbolo de lo que se conoció en aquel periodo como “el modo petista de gobernar”.

La apuesta municipal forjaba un contrapunto a la gobernanza neoliberal que se expandía en la política nacional, a la vez que mantenía viva la agenda social y la esperanza de cambios. A partir de este momento, en medio de los gobiernos de Fernando Henrique Cardoso, se van sedimentando algunos

de los elementos que constituyen el núcleo duro de la Nueva República como un ciclo político social-liberal. Los iremos viendo a lo largo de las próximas páginas, pero antes de ello es importante definir analíticamente la noción de ciclo político.

En trabajo conjunto con José Maurício Domingues conceptualizamos el ciclo político a partir de la articulación de tres elementos básicos: instituciones, agenda y agentes (Bringel y Domingues, 2022). Las instituciones deben ser consideradas en su funcionamiento concreto, más allá de la ley simplemente, siendo en larga medida también informales e incluso ocultas. La agenda, a su vez, tiene que ver con los temas que, a pesar de oscilaciones coyunturales, se mantienen presentes en la esfera pública, exigiendo un posicionamiento de los actores dominantes y resonando fuertemente en la sociedad. Los agentes, por fin, son aquellos individuos y colectividades –que comúnmente definimos como “actores”– que emergen al inicio del ciclo y se mantienen durante su despliegue, pudiendo ser sustituidos por otros, que, sin embargo, dan continuidad a los compromisos y comportamientos de aquellos a lo largo de la duración del ciclo.

Para avanzar en un análisis del proceso sociopolítico es fundamental analizar estos tres elementos de forma articulada a lo largo del tiempo, mirando a la dinámica política de los agentes, la lógica de

funcionamiento de las instituciones y las disputas sobre las agendas centrales. Sin ello, corremos el riesgo de recaer en análisis lineales y teleológicos sobre los ciclos políticos como si siguieran un camino previamente trazado o un rumbo inevitable. Aunque siempre hay agendas y agentes hegemónicos en el interior de un ciclo, es fundamental comprender su dimensión interactiva, relacional y procesual, tanto en sus elementos de estabilidad y permanencia, como en sus configuraciones de cambio, que permiten posteriores desplazamientos de actores, agendas e instituciones.

Teniendo estos elementos en cuenta, podríamos decir que el gobierno Cardoso no solo estabilizó la economía brasileña, sino también instituyó algunos de los elementos de estabilización de la Nueva República –muchos de los cuales se profundizaron luego, como veremos, en las dos primeras presidencias de Lula da Silva–, entendida como un pacto social-liberal (Bresser-Pereira, 1997). Esto implicó la institucionalización progresiva del social-liberalismo como proyecto hegemónico de la Nueva República brasileña, combinando una cara social (que se manifiesta en la tríade ciudadanía, derechos y políticas sociales) con otra liberal y neoliberal (que combina el liberalismo político con políticas económicas neoliberales), con múltiples articulaciones según los actores en cuestión.

Este pacto social-liberal se estructura alrededor de lo que Evelina Dagnino (2004), de forma muy atinada, denominó de “confluencia perversa”, es decir, la confluencia entre participación y democratización a nivel político-institucional, por un lado, y el avance del neoliberalismo, por otro. La confluencia perversa implica la coexistencia e imbricación de elementos que, aunque incompatibles en su esencia, se van fundiendo y normalizando. Dagnino analizó brillantemente el desplazamiento de sentidos y la disputa que empezó a darse en los años noventa alrededor de nociones como participación, sociedad civil o democracia. Los sentidos “fuertes” dados a estas nociones en el período de resistencia a las dictaduras y de luchas más radicales por la democracia de las décadas de los setenta y ochenta dieron paso en los noventa a una cierta reapropiación semántica y a un vaciamiento político. La propia agenda neoliberal, por ejemplo, también pasó a defender la participación, obviamente en un sentido distinto (y más restringido) al de las luchas realmente democratizadoras y con proyectos de justicia social.

Esta confluencia fue generando y moldeando, poco a poco, nuevas prácticas sociales y subjetividades individuales y colectivas a partir de marcos político-cognitivos como el “emprededurismo”. A la vez, la implementación progresiva de políticas

compensatorias y focalizadas fue ganando terreno frente a una lógica más universal de derechos y políticas, organizando, según Domingues (2013), formas más amplias de gubernamentalidad y dominación global. Es así como la agenda de combate al hambre y la pobreza se estabilizó como agenda central de la Nueva República que construye políticas para sectores específicos de la población, difícilmente logrando combatir las desigualdades seculares. Todos los agentes dominantes en la Nueva República debían responder a estas agendas, porque se pusieron en el centro de la escena pública.

Junto a estas nuevas tendencias, hubo una serie de reconfiguraciones en la sociedad civil brasileña. Parte del debate nacional pasó a vaticinar la crisis, la disolución e incluso el “fin” de los movimientos sociales. Pero, lejos de eso, los movimientos populares típicos de los momentos previos pasaron a enfrentarse a la vorágine de los procesos de urbanización, a la reestructuración del mercado laboral y a un incremento de la violencia tanto en el campo como en la ciudad. La lucha contra la violencia estuvo muy ligada a la situación de pobreza en las periferias urbanas y a las situaciones de precariedad y/o exclusión absoluta. Pero también al recrudecimiento de la represión estatal, que afecta especialmente al movimiento campesino. La acción del aparato represivo del gobierno (y en algunos casos

de acciones comandadas por los propios latifundistas) llevó a varios asesinatos y masacres, como la *Masacre de Corumbiara* (agosto de 1995) o la *Masacre de Eldorado dos Carajás*, el 17 de abril de 1996, fecha que pasó a ser considerada el Día Internacional de la Lucha Campesina.

Asimismo, hubo una progresiva reconfiguración del tejido social y asociativo, entre las cuales destacan las tendencias de institucionalización de acciones colectivas hacia la participación local institucional; la emergencia de un mosaico asociativo más amplio y diverso de la “sociedad civil”; el descentramiento organizativo con nuevas morfologías de articulación política como las redes y los foros; y una mayor imbricación, en un contexto de globalización, de múltiples espacios de convergencia y escalas de actuación, con destaque para la construcción en 2001 del Foro Social Mundial en Porto Alegre.

Cuando gobiernan los compañeros

Cuando Lula da Silva ganó sus primeras elecciones presidenciales a finales de 2002 el PT ya no era el mismo. A pesar de que el color rojo y un imaginario

más igualitario y democrático ilusionó a muchos, el propio Lula dejó claro en su “Carta a los brasileños” de junio de aquel año que no habría cambios radicales y que el “proyecto nacional alternativo” estaría volcado hacia el crecimiento económico y una mayor preocupación por la justicia social y por la presencia soberana del país en el mundo.

Los ocho años de los dos primeros gobiernos de Lula da Silva (2003-2010) estuvieron marcados por una amplia alianza pluriclasista que se basó en un pacto *win-win*, donde supuestamente todos ganarían. Algo de eso ocurrió. Los ricos se hicieron más ricos y los pobres menos pobres. Las políticas sociales focalizadas sacaron a miles de personas del hambre y de la pobreza extrema, mientras que los grandes beneficios a las grandes empresas, al agronegocio y a los bancos permitieron un enriquecimiento sin precedentes de las élites nacionales y del capital transnacional. De esta manera, el camino hacia la democratización convergiría aún más con la expansión y profundización del capitalismo, aunque algo más regulado por el Estado, a partir de un modelo que, emulando una tradición previa de la izquierda estadocéntrica brasileña, vendía “crecimiento con inclusión”. Lo que Singer (2012) definió como “lulismo” se basó en un reformismo débil, que combinó la manutención de los rasgos centrales de la política económica de

Cardoso (metas de inflación, política cambiaria y superávit primario en las cuentas públicas) con políticas distributivas más fuertes.

A efectos del pacto social-liberal de la Nueva República, podríamos decir que Cardoso fue más liberal que social y Lula más social que liberal, pero ambos compartieron las bases del social-liberalismo en sus gestiones. Contribuyeron, igualmente, a consolidar las agendas y la dinámica institucional propia de la Nueva República, marcada por un sistema multipartidario fragmentado y un modelo político-institucional que Abranches (1988) definió como “presidencialismo de coalición”, es decir, un presidencialismo fuerte aunque dependiente de una coalición mayoritaria en el Congreso para mantener la gobernabilidad.

En la política conciliadora de los dos primeros gobiernos de Lula (2002-2010), a pesar de los buenos números en el combate a la pobreza y al hambre, algunos ganaron mucho más que otros. La desigualdad aumentó, constatándose una mayor concentración de renta entre los muy ricos (Medeiros, Castro y Souza, 2015). Los medios de comunicación hegemónicos se volvieron todavía más fuertes y el gobierno no logró crear ningún tipo de alternativa comunicativa de masas. La violencia selectiva del aparato coercitivo del Estado y el modelo extractivo siguió generando conflictos y

tensiones con comunidades y movimientos sociales, además de expulsiones de tierras en el campo y en la ciudad, por no hablar del brutal impacto social y ambiental de los diversos megaproyectos mineros y de represas hidroeléctricas, con el conflicto de Belo Monte como caso más emblemático. El fomento a un supuesto ascenso social a través del consumo, unido al creciente peso de determinados sectores evangélicos en las periferias urbanas, estimularon todavía más la autonomización del individuo en la sociedad brasileña, provocando diversos desplazamientos subjetivos en la población, relativos a su forma de percibirse en la sociedad y a los valores.

Se generó, de esta manera, la expectativa de un Estado relativamente presente como para avanzar en algunas conquistas sociales, pero sin amenazar el orden establecido, por lo cual diversos sectores populares y perspectivas conservadoras fueron integradas en un delicado equilibrio de geometría variable. La popularidad de Lula llegó a ser tan alta que logró elegir como nueva presidenta a Dilma Rousseff, una figura hasta entonces poco conocida y de un perfil bajo, más asociado a la gestión, aunque con un pasado militante.

A pesar de apostar por el continuismo, con algunos matices propios, el inicio del mandato de Dilma Rousseff en 2011 se dio en una década que

se abrió con nuevos escenarios. La crisis financiera llegó a Brasil y perturbó el modelo previo, típico del “consenso de los *commodities*” (Svampa, 2013), sostenido por el *boom* de los precios internacionales de las materias primas y los bienes de consumo demandados por los países centrales y potencias emergentes. Asimismo, el pacto de clases y las alianzas con sectores diversos se vieron cuestionadas por inhabilidad para garantizar la coalición y por una mayor división de las élites nacionales, pero también por la apertura de nuevas oportunidades políticas de actuación para la oposición que pasó a romper la base de gobernabilidad. El realineamiento del empresariado y de las élites económicas fue progresivo, dejando claro que su mayor fidelidad era con el beneficio propio. Igualmente, los diversos escándalos de corrupción, iniciados ya en la era Lula, se expandieron y afectaron a importantes miembros y aliados del PT. Desprestigiada y desestabilizada por la confluencia de todos estos elementos, apareció para el gobierno de Dilma una nueva prueba de fuego: protestas masivas que se extendieron por todo el territorio nacional en junio de 2013. El escenario no dejaba de ser curioso. A la derecha, manifestantes decían que el PT había ido demasiado lejos; a la izquierda, sugerían que el gobierno había hecho demasiado poco.

Las protestas de junio de 2013 como evento crítico

Las movilizaciones iniciadas en junio de 2013 en Brasil fueron las mayores desde el inicio de la Nueva República y supusieron una bifurcación histórica en el país. Millones de brasileños salieron a las calles en todo el país, en grandes y pequeñas ciudades. Pese a tener visiones y proyectos distintos (y, en general, opuestos) de la sociedad brasileña, los individuos y colectivos a la izquierda y a la derecha del gobierno, movilizadas desde 2013, son fruto de esta misma apertura sociopolítica. Las formas de acción y de organización que adoptaron –propias de una transformación de las formas de activismo y del compromiso militante en el país (y en el mundo actual)– favorecieron el surgimiento rápido, la mediatización y la capacidad de interpelación y expresividad, pero también provocaron diversas tensiones y ambivalencias en su propia constitución y en los resultados generados.

Entre junio de 2013 y finales de 2016, cuando se consumó el golpe parlamentario, Brasil transitó por diversos escenarios, marcados por una mayor radicalización y polarización política, pero también por un encadenamiento complejo de acontecimientos y personajes muy distante de una lógica lineal. De esta manera, no se puede afirmar, a partir de una lógica de causalidad estrecha, que el golpe a Rousseff sea consecuencia directa de las protestas, como han dicho muchos análisis simplistas. No obstante, estas cambiaron profundamente el escenario político nacional, convirtiéndose en un evento crítico que marcó una inflexión en la sociedad brasileña, aglutinando diversos significados, interpretaciones y posiciones.

Características y sentidos de las protestas de junio de 2013

Participaron en las movilizaciones de 2013 individuos y grupos sociales diversos, pertenecientes a un amplio espectro ideológico. Quedó reflejada la indignación difusa, la ambivalencia de los discursos, la heterogeneidad de las demandas y la ausencia de mediación de terceros y de actores

tradicionales. Las movilizaciones brasileñas fueron parte de lo que definí como una “geopolítica de la indignación global” (Bringel, 2013), asociada a las ocupaciones de plazas y movimientos de la década de 2010 en diferentes regiones del mundo, aunque también a los estallidos recientes en América Latina (Bringel et al., 2021).

Una de las características más emblemáticas de junio de 2013 fue su capilaridad en todo el territorio nacional. Sin embargo, las lógicas de movilización, la composición social de los manifestantes y la correlación de fuerzas varió de forma sustancial dependiendo de las ciudades en cuestión. Además, junio no empezó ni acabó en junio. Antes de 2013, había ya varios signos de transformación del activismo en Brasil. Una nueva generación de activistas –nacida ya en democracia y que tuvo su socialización política y militante marcada por otras referencias– nunca llegó a reconocer al PT y a parte de su campo político como una fuerza transformadora, sino como un instrumento burocratizado y como un partido de la situación. Encajan en este perfil diversos movimientos juveniles, estudiantiles y culturales más descentralizados, horizontales, con identidades múltiples y radicalizados en sus concepciones y formas de acción.

A su vez, el momento posterior a junio de 2013 también fue desigual. En algunos lugares, como

en Río de Janeiro, las movilizaciones siguieron con alta intensidad, con una concatenación de movilización y huelgas (la mayor de ellas la de los profesores de escuelas públicas, seguida de otras bastante simbólicas como la de los barrenderos en febrero de 2014) que acabaron, en la víspera de la final del mundial de fútbol en 2014, con la prisión de 23 activistas. En varias otras ciudades, como Belo Horizonte, siguieron teniendo lugar ocupaciones, movilizaciones por derechos y causas específicas, nuevas acciones y trabajos territoriales, y una profundización del experimentalismo cultural que llevó luego a varias innovaciones en la política transformadora a nivel institucional. En determinados casos, como Goiânia, la represión y la criminalización de la protesta post-junio llevó a la desmovilización. También se generaron, en muchas localidades, varias experiencias más subterráneas entre individuos, comunidades, grupos y colectividades. Al mismo tiempo, teniendo en cuenta la dimensión continental del país, no se puede negar que junio fue también, en varios lugares, más una representación colectiva y un ensayo performático que un proceso permanente de articulación y organización política.

Junio de 2013 debe ser entendido como un momento de *apertura societaria* en el país (Bringel y Pleyers, 2015) con sentidos múltiples (Tavares,

Ballestrin y Mendonça, 2022). El inicio de este nuevo ciclo de protestas –el mayor desde las movilizaciones contra la dictadura décadas atrás– coincidió con el fin de los consensos que habían reinado en el ciclo político de la Nueva República. Los agentes, las agendas y la dinámica institucional dominante en el periodo previo pasaron a ser contestados de formas diversas.

Una vez abierto el espacio de protesta por las movilizaciones iniciales y por los movimientos iniciadores (tales como el Movimiento Pase Libre-MPL, central en la ciudad de Sao Paulo, pero no en todas la capitales brasileñas), otros actores se unieron para hacer valer sus propias reivindicaciones, sin mantener necesariamente los lazos con los actores que las desencadenaron y/o repetir las formas, la cultura organizativa, las referencias ideológicas y los repertorios de acción de los iniciadores de dichas movilizaciones. Como nos enseña la sociología de los movimientos sociales, el uso del mismo repertorio de acción no implica que estemos necesariamente ante un mismo movimiento, pero sí ante una gramática cultural e histórica disponible e interpretada por la sociedad y por los grupos sociales.

Alonso y Mische (2016) buscaron captar esas fuentes sociales y culturales, así como la ambivalencia de los repertorios presentes en junio, en lo

que ellas definirían como repertorios “socialista” (familiar en la izquierda brasileña de las últimas décadas), “autonomista” (afín a tradiciones anarquistas y a propuestas críticas del poder y del Estado) y “patriótico” (que usa un discurso nacionalista y los colores verde y amarillo con un significado histórico y situacional conservador bastante peculiar). A pesar del mérito de la propuesta, estos repertorios pueden solaparse y generar confusión. Prefiero pensar, como también lo hizo posteriormente –aunque de forma distinta– Alonso (2023), en términos de *campos diferenciados de acción* que se han ido combinando de maneras distintas en los últimos años. La noción de repertorio es más restrictiva que la de campos que, pensada como unidad analítica, gana potencialidad heurística en los días de hoy al tratar de captar la acción colectiva y los sujetos políticos a partir de un entendimiento más amplio de sus alineamientos, bien como de dinámicas y fronteras más fluidas y flexibles.

Entiendo los campos de acción como configuraciones sociopolíticas y culturales que expresan órdenes sociales en los cuales los actores (individuos o colectividades) interactúan entre ellos y con otros campos, a partir de un entendimiento y de un consenso mínimo –muchas veces implícito– sobre los códigos, relaciones y propósitos que los configuran. Un campo de acción está constituido por actores

diversos (no necesariamente movimientos sociales, sino también partidos políticos, sindicatos, entre otras colectividades) con relaciones y posiciones internas que marcan alianzas y consensos mínimos, pero también relaciones de poder y disputas al interior del campo. Esto recalca la dimensión de unidad heterogénea y los principios contingentes de unificación. Si los actores cambian a lo largo del tiempo, también cambian sus visiones y relaciones frente a los demás actores de un mismo campo de acción o de otro. Hay también determinadas agendas y códigos en los campos que marcan los sentidos de pertenencia, las formas de acción y de compromiso, bien como la cultura política militante predominante en cada uno de ellos. Por fin, sus objetivos también son un elemento importante para delimitar la constitución de un campo, sus visiones de mundo y concepciones sobre la vida social y política.

Campos de acción en disputa

En Brasil coexisten en los últimos años cuatro campos de acción principales que han estado presentes en la disputa política *en* junio de 2013 y *desde* junio de 2013, pero cuyos orígenes son anteriores

e interpelan a diferentes fricciones al interior de la dinámica política en la Nueva República. Dos de ellos se ubican en lo que, en términos más tradicionales, podríamos identificar con la izquierda y los otros dos con la derecha. Los describiremos muy brevemente a continuación, tratando de mantener, siempre que sea posible, las definiciones *nativas*, es decir, cómo algunos actores de los propios campos se autodenominan, aunque con algunas mediaciones analíticas para ubicarlos dentro de perspectivas más abarcadoras.

El primero de los campos es el *campo democrático-popular*. Emerge a finales de los años setenta y a principios de los años ochenta, tiene como actor central al PT y como órbitas importantes al MST en el ámbito de los movimientos sociales y a la CUT en el plano sindical. Este campo de acción tiene, inicialmente, una fuerte influencia de las luchas contra la dictadura y nace, no sin polémicas, como oposición a los actores que habían hegemonizado la izquierda brasileña en el período anterior. Posee un imaginario democratizador y una perspectiva con vocación hegemónica de la política, algo que, de hecho, acabó por consumarse a partir de los años noventa al consolidarse como principal referencia de la izquierda brasileña. Tuvo un papel central en la politización de la sociedad en sus primeros momentos, con una actuación decisiva para

oponerse al neoliberalismo durante los noventa, aunque sin generar realmente una propuesta de alternativa sistémica.

Más allá de los alineamientos de los actores de este campo, su heterogeneidad llevó a tensiones importantes en su interior en varios momentos, tal como en el caso de las relaciones entre algunos movimientos sociales y el PT, principalmente a partir de los años dos mil, cuando este último llegó al gobierno nacional. Tras la primera década de gobierno petista (2000-2010), el campo democrático-popular y su entorno se vio fuertemente sorprendido por las protestas de junio de 2013. Aunque sus actores trataron de reposicionarse frente al escenario emergente, en el momento inicial del estallido actuaron como buena parte de los movimientos sociales consolidados ante un nuevo ciclo de protestas que los desborda: minimizando su importancia o, incluso, deslegitimando su emergencia ya que se veían, en muchos casos, como portadores de la “experiencia” acumulada y como los mejores conocedores de las lógicas de movilización. Si bien esta visión fue revisada en algunos casos, pasó una factura importante que generó desconexión con las nuevas generaciones movilizadas, sobrevalorando las conquistas de los gobiernos petistas, a la vez que subestimando el potencial de movilización de las derechas. No deja de ser paradójico que un campo

político que se fundó a partir de intensas movilizaciones sociales pase a ser desbordado, décadas después, por amplias protestas en la sociedad, sin lograr dar respuestas adecuadas a las mismas.

Un segundo campo de acción presente en los últimos años es el *campo alteractivista*. Resultante de una construcción alternativa a la izquierda del campo democrático-popular, tiene cuadros que incluso salen del campo anterior, muchas veces desilusionados con los rumbos tomados por el mismo. Comparten un nuevo “*ethos* militante” (Svampa, 2010) emergente en los años noventa que, en el contexto de lucha contra la globalización neoliberal, trata de diferenciarse de las concepciones políticas de la izquierda más tradicional. Eso no es una especificidad de Brasil, sino que ocurre en varios países del mundo tras la caída del Muro de Berlín y la consecuente pérdida de influencia de las organizaciones comunistas y socialistas. De esta manera, los años noventa son vistos para este campo como un auténtico marco fundacional, en el cual el levantamiento zapatista en 1994 en Chiapas es uno de los principales protagonistas. Las concepciones de poder y de toma del Estado presentes en el “campo democrático-popular” son criticadas y desplazadas por una política territorial, prefigurativa y cotidiana, marcada por el compromiso personal, la horizontalidad, la

autonomía, el asambleísmo, la acción directa y las decisiones por consenso (Pleyers, 2010).

Los individuos y colectividades más pequeñas ganan mayor centralidad en detrimento de grandes organizaciones y una visión demasiado orgánica de la colectividad. El discurso socialista y anticapitalista, que se perdió rápidamente por el camino en el campo democrático-popular, es aquí recuperado y fundido con matrices políticas diversas provenientes del anarquismo, el ecologismo, el feminismo, el antirracismo y otras tradiciones de la izquierda más radical. Aunque se aboga por la “política de base”, se critica la concepción “basista” del campo popular democrático por su carácter verticalista y las distancias generadas entre líderes y sus bases. A pesar de su apuesta por la lucha internacionalista y las articulaciones y demandas globales, la escala principal de este campo alteractivista es local-territorial y no nacional, lo que implica también, en general, una fuerte crítica a las posiciones nacionalistas y desarrollistas presentes en la izquierda nacionalista orientada al Estado. Más que defender una ampliación de la democracia a través de la participación, se busca su radicalización por los márgenes.

En el caso brasileño, varios colectivos pasaron a identificarse y a alinearse en este campo a finales de los noventa y a principios de los dos mil. El

propio Movimiento Pase Libre (MPL), tan simbólico por su protagonismo al inicio de las protestas de junio de 2013, tuvo su origen en 2005 en el calor de estas luchas alteractivistas, más concretamente en el FSM de Porto Alegre. El FSM, por cierto, es un ejemplo que ilustra muy bien tanto las convergencias entre estos dos campos políticos como las tensiones inherentes a sus diferencias políticas. La renovación de las luchas y de los colectivos estudiantiles en Brasil a partir de la década de 2010, con sus críticas a las organizaciones estudiantiles burocratizadas y partidarizadas, también contribuye a fortalecer este campo. De esta forma, para este campo de acción política, junio de 2013 significó la posibilidad de comenzar a superar los límites del petismo/lulismo, buscando renovar la izquierda brasileña y avanzar en agendas diferentes vinculadas a derechos de nueva generación y abrir nuevos imaginarios post-capitalistas y post-extractivistas.

Cambiando de signo ideológico, tenemos, en tercer lugar, el *campo liberal-conservador*. Se trata de un campo bastante heterogéneo que incluye un amplio espectro liberal y conservador. Se reúnen aquí actores con posiciones diversas que muchas veces se unifican, a pesar de algunos matices que les separan, por ejemplo, en lo referente a los valores. En sus posiciones más abiertas, propias de un liberalismo más moderado, pueden acercarse

a determinadas posturas reformistas y socialdemócratas defendidas por parte del campo democrático-popular. En sus visiones más duras, fuertemente conservadoras, pueden acercarse a posturas reaccionarias. A pesar de las diferencias, les une la apuesta por el libre mercado y la defensa del liberalismo económico articulada a una visión procedimental y restringida de la democracia. La defensa del *statu quo* aparece en la apuesta por el orden y en la defensa de la ley como un fin en sí mismo. Se trata de uno de los campos más tradicionales de la política brasileña. Marcado por un fuerte pragmatismo y oportunismo –o de lo que se conoce en Brasil como “fisiologismo político”–, basa sus acciones y decisiones no en principios normativos, en el interés público o en el bien común, sino en el intercambio de favores para obtener beneficios personales y privados.

Para este campo de acción, la redemocratización política de los años setenta y ochenta fue una concesión necesaria. Se estableció formalmente la democracia, pero profundizando el modelo de libre mercado. La década de los noventa, a su vez, es vista como su era de oro, combinando liberalizaciones y privatizaciones bajo el yugo de la hegemonía neoliberal. Esta no se circunscribió solo a la economía, sino que penetró también crecientemente en los imaginarios y en las prácticas

individuales y colectivas de la población brasileña. Si bien la llegada al gobierno del PT a principios del siglo XXI no hizo que sus privilegios fuesen tocados, simbólicamente nunca se digirió totalmente la idea de que “un presidente analfabeto” guiara los rumbos del país. En los últimos años, este campo liberal-conservador entiende las protestas de 2013 como “la rebelión de la sociedad indignada contra la corrupción y el petismo”, por citar las palabras textuales de Rogerio Chequer, uno de los fundadores en 2014 del movimiento conservador *Vem Pra Rua* (Chequer y Butterfield, 2016).

Su principal *locus* de acción política son las instituciones, los despachos y los salones secretos, pero hay una tendencia creciente a utilizar las calles como forma de presión política, en algunos casos incluso emulando repertorios habitualmente asociados a los movimientos de izquierda. Tras la apertura societaria provocada por junio de 2013, este campo pasa a disputar las calles. El Movimiento Brasil Libre (MBL), creado en 2014, es una de sus más conocidas expresiones hoy en el país. Liderado por jóvenes, apoyaron la *Operación Lava Jato* y presionaron (de forma selectiva, hay que decir) por la punición de políticos involucrados en los escándalos. En 2015, convocó grandes marchas en diferentes ciudades del país, movilizándolo los colores verde y amarillo para, en nombre

de “la limpieza de Brasil”, reivindicar la destitución de la presidenta Dilma Rousseff. Un análisis de sus tres primeros congresos (2015, 2016 y 2017) deja claro los vínculos con algunos de los principales partidos políticos de derecha y centroderecha en Brasil y una agresiva política de combate a símbolos del campo democrático-popular como, por ejemplo, el Foro de São Paulo, conferencia de partidos y movimientos de izquierda de toda América Latina creada en 1990 por iniciativa del PT.

Finalmente, tenemos el campo *autoritario-reaccionario*. A diferencia del anterior, la democracia no parece discursivamente como un valor que deba ser preservado, ni siquiera en su visión más restringida. Si bien la crítica a la izquierda, en general, y al campo democrático-popular, en particular, es compartida con el campo liberal-conservador (lo que los ha llevado a unificarse puntualmente en algunas marchas y agendas recientes alrededor del aborto y del anti-petismo), en este caso hay, en muchas ocasiones, un horizonte de regreso a la dictadura militar, idolatrada por miembros de este campo como uno de los mejores momentos del país (1964-1985). La tortura es considerada una práctica legítima, lo que hace con que se acerquen a posturas fascistas y de extrema-derecha.

Aunque hay algunos partidos políticos (como el Partido Socialista Cristiano-PSC) y fuerzas sociales

vinculadas a este campo, su figura más conocida en los últimos años es Jair Bolsonaro. Su postura autoritaria, racista, xenófoba y misógina, explícita incluso como diputado federal por Río de Janeiro, ganó más ecos y adeptos en la campaña electoral de 2018 y, posteriormente, en la presidencia de la República con posiciones de fuerte ataque a las minorías y una defensa a ultranza de las armas y la pena de muerte, convirtiéndolo en una referencia ineludible de la revitalización del campo autoritario-reaccionario brasileño contemporáneo. Sin embargo, como veremos, Bolsonaro no puede ser leído individualmente, ya que ha forjado algo más amplio: el bolsonarismo como un vector de aglutinación y dinamización de un campo autoritario-reaccionario que, si bien existía en el país, experimentaba cierta latencia durante la hegemonía social-liberal de la Nueva República.

El escenario político post-junio de 2013 y los campos en movimiento

Los enfrentamientos y relaciones entre cada uno de estos campos han estado marcados inicialmente por un *desborde societal*, en el que la protesta se

difunde desde los sectores más movilizados hacia otras partes de la sociedad, desbordando los movimientos sociales que la iniciaron y haciendo que cada uno de estos campos traten de ampliar su influencia más allá de sus propias fronteras.

En el clímax de dicho proceso, un amplio espectro de la sociedad se encontraba movilizada alrededor de una indignación difusa, portando diferentes perspectivas y reivindicaciones que coexistieron en el mismo espacio físico y a veces con el mismo eslogan (contra la corrupción o contra el gobierno), pese a tener construcciones y horizontes muy distanciados y en disputa. Hubo una confluencia ambigua marcada por movimientos contradictorios de fuerzas centrípetas (la externalización de la indignación y la simultaneidad presencial y simbólica en las mismas calles y plazas) y fuerzas centrífugas (que, a pesar de la co-presencia en los mismos espacios, indicaban distintas motivaciones, formas de organización y horizontes de expectativas).

En las protestas, demandas democratizadoras (como la mejoría del transporte y de la educación pública) eran enarboladas principalmente por el campo alteractivista, mientras que la indignación contra la corrupción y los políticos, si bien era compartida, acabó atrayendo más a aquellos que luego fueron inclinándose al campo liberal-conservador y al campo autoritario-reaccionario. En

esta *fase catártica*, que comenzó en junio de 2013 y duró algunos meses, la disputa entre esos distintos campos era ya bastante visible (llevando, por ejemplo, a agresiones por parte de los campos de acción de la derecha a manifestantes del campo democrático-popular que llevaban banderas, camisetas y otros símbolos vinculados a los partidos y la izquierda tradicional), pero estaba más diluida en la indignación de masa y en la experimentación en las calles. De este modo, mientras buena parte de las interpretaciones insistían –y siguen insistiendo– en que junio de 2013 representó, en un extremo, la emergencia de una nueva potencia revolucionaria o, en otro, la aparición del fascismo en las calles, el hecho es que las movilizaciones siempre fueron contradictorias y heterogéneas e implicaron la disputa de clase, de movimientos y de campos de acción diversos, siendo posible identificar fases y momentos distintos a lo largo de esos años.

Después de la heterogeneidad inicial, comenzó en 2014 una nueva *fase de decantación*, con algunas reivindicaciones principales de los individuos y de esos campos ya diferenciadas en el espacio, y posicionadas más claramente a la derecha o a la izquierda, aunque estas nociones (izquierda y derecha) fueran vistas por algunos activistas y a los ojos de gran parte de la sociedad como caducas, es

decir, poco capaces de traducir y canalizar sus objetivos, expectativas e inquietudes.

En ese momento ya no hubo manifestaciones tan masivas en las calles y en las plazas, pero siguieron teniendo lugar varias movilizaciones puntuales, así como una reorganización menos visible de los individuos, de las redes y de los colectivos. La confluencia de militancias y demandas divergentes en el mismo espacio público fue paulatinamente desplazada por convocatorias con objetivos y recortes más definidos. Pese a que gran parte de dichas acciones no se dirigieron al campo político-institucional y político-electoral, que posee lógicas y temporalidades diferentes a las del campo de la movilización social, el escenario pre-electoral de mediados de 2014 orientado a la contienda presidencial acabó abriendo un nuevo momento de *intensificación de las polarizaciones*, que absorbió buena parte de los actores sociales y políticos a lo largo de 2015.

A pesar de las críticas formuladas al PT en particular, y a los partidos políticos en general, las elecciones presidenciales de octubre de 2014 movilizaron masivamente a los brasileños, incluso para defender, en algunos casos, al partido en el gobierno como un “mal menor”. En este contexto, el PT se ubicó en el centro político y del debate público. Subrayó hacia fuera, sin capacidad de autocrítica

interna, las conquistas de sus gobiernos, a la vez que buscaba monopolizar el campo progresista, infantilizando y reprimiendo el campo alteractivista, como así también acusando a las disidencias a su izquierda de hacerle el juego a la(s) derecha(s).

La ajustada victoria de Dilma generó un clima de inestabilidad alimentado constantemente por la oposición de los dos campos de la derecha, hasta este momento tácticamente unificados. Dándose cuenta del descontento generalizado de la población con el PT y con Dilma, partidos que componían la base aliada del primer gobierno Dilma pasaron a disputar y a romper relaciones y pactos con el Ejecutivo. Asimismo, aunque el PT logró ganar las elecciones presidenciales, el Congreso Nacional elegido directamente por las urnas era extremadamente conservador. Eso significó que la mayoría del Poder Legislativo pasó a estar controlada por parlamentarios que representaban a los militares, evangélicos, ruralistas defensores del agronegocio, empresarios, entre otros.

Es en este escenario cuando surgió el ya mencionado MBL, financiado por empresarios y *think tanks* conservadores del país y del exterior para imprimir una nueva agenda neoliberal radical en el país, así como para disputar los valores morales y restringir las políticas sociales y de derechos humanos. Algunos de sus principales apoyos

internacionales dicen mucho sobre identidad. Entre ellos se encontraban grupos estudiantiles y empresariales vinculados a la oposición de Nicolás Maduro en Venezuela y las Industrias Koch, un conglomerado de empresas norteamericanas con intereses petrolíferos y químicos, conocida por financiar grupos ultraconservadores. Un punto distintivo del MBL es que logró, junto a otros sectores conservadores, aprovechar la coyuntura abierta para convocar diversas manifestaciones y actos públicos de protesta, dando cierta cohesión al campo liberal-conservador y disputando no solo el Congreso y calles, sino también las redes sociales en un país muy digitalizado.

En 2015 el discurso del miedo y del odio se expandió y hubo intentos continuos de apropiación de los significados de las protestas de 2013. El campo liberal-conservador y el autoritario-reaccionario se hicieron más visibles y el campo alteractivista se replegó hacia un trabajo más invisible y subterráneo, local y fragmentado. La potencia de radicalización de la democracia que disputaba las protestas como posibilidad de emergencia de lo nuevo era vista por muchos como una tragedia y se vio ahogada por la repetición de la historia como farsa. Se construyó una polarización explícita entre el gobierno y sus aliados más cercanos y la derecha unificada (aunque no uniforme), reduciendo

una amplia y compleja reconfiguración de la sociedad brasileña a dos “bandos” políticos. Empezó así a constituirse en diciembre de 2015 el *impeachment*, cuando el entonces presidente de la Cámara de los Diputados, Eduardo Cunha –acusado meses antes por corrupción y lavado de dinero– acogió formalmente el pedido contra Rousseff.

Dinámicas de derechización, el golpe de 2016 y el bolsonarismo

El año de 2016 se abrió con el fantasma de la posibilidad de destitución de la presidenta Dilma Rousseff. El Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB) del entonces vicepresidente Michel Temer -núcleo duro del campo liberal-conservador que apoyaba antes el gobierno Lula- pasa a articularse activamente con el opositor Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB), del expresidente Fernando Henrique Cardoso y de Aécio Neves, derrotado en las urnas en 2014. Además de las maniobras con el poder judicial y el control del parlamento, el apoyo de importantes grupos empresariales, financieros y de los medios de comunicación hegemónicos fueron fundamentales para la consecución del golpe.

Desde entonces, las investigaciones policiales de la Operación *Lava Jato* –según el Ministerio

Público Federal, la mayor investigación de corrupción de la historia del país— y el juez responsable de su conducción, Sergio Moro, se volvieron omnipresentes alzando un discurso de moralización de la política, mientras Dilma y el PT se veían progresivamente aislados. Muchos esperaban que el proceso de *impeachment* fuera fuertemente contestado en las calles, sobre todo a partir de mayo de 2016 cuando Dilma es apartada del cargo para el juicio.

Hubo protestas, sí, pero no solo contra, sino también a favor de la destitución. Dos frentes populares, constituidos a finales de 2015, trataron de articular la movilización contra el golpe, por la democracia y la lucha por la defensa de derechos: el Frente Brasil Popular, constituido por casi setenta colectivos, sindicatos y movimientos populares (entre ellos el MST), afines o de apoyo crítico al PT; y el Frente Pueblo Sin Miedo, impulsado principalmente por el Movimiento de los Trabajadores Sin Techo (MTST) y una treintena de movimientos sociales y organizaciones que, si bien confluyeron con el anterior en algunas convocatorias, hicieron una crítica más fuerte al PT y al Estado, buscando la construcción de un nuevo espacio de referencia para los trabajadores y trabajadoras. Eso no fue suficiente, sin embargo, para frenar el *impeachment* que se consumó finalmente el 31 de agosto de 2016.

El carácter eminentemente parlamentario del golpe brasileño, reforzado por el aparato jurídico-mediático, no puede obviar el carácter de ilegitimidad a través de la cual los golpistas apartaron a la presidenta Dilma sin pruebas por un supuesto crimen de responsabilidad fiscal que consiste, además, en una práctica habitual realizada por casi todos los gobernantes en el país durante la Nueva República. De todos modos, aunque podamos estar de acuerdo en que lo ocurrido en Brasil fue un golpe, es importante preguntarnos cómo y por qué ocurrió si, aparentemente, el país había vivido en la última década un período de crecimiento económico, sostenido por una amplia alianza de clases y reforzado por una mejoría relativa de las condiciones de vida en el plano interno y por una proyección más autónoma y proactiva en el plano externo.

Aunque hubo protestas a favor y en contra de la destitución de Dilma Rousseff, buena parte de la militancia más transformadora, vinculada al campo alteractivista, no salió a las calles, muchas veces para no confundirse con el propio PT. Reapareció, sin embargo, en una de las experiencias más interesantes de contestación y organización de los últimos años: un activo y renovado movimiento de estudiantes de secundaria que, en diversas ciudades brasileñas de todas las regiones del país, pasaron

a ocupar sus colegios públicos no solo como forma de resistencia a los gobiernos municipales y al gobierno federal, sino también como un experimentalismo político. A partir de una organización interna horizontal y de intensas prácticas pedagógicas y formativas, las más de mil ocupaciones fueron duramente reprimidas. Cuando los padres, los directores de las escuelas o los periodistas preguntaban a los estudiantes si no les importaba perder el año escolar, se escuchaba a menudo: “no estamos perdiendo un año, sino ganándolo”. Más allá de conquistas inmediatas, la experiencia de las escuelas ocupadas ha marcado toda una generación de nuevos activistas, mucho más sensibles al feminismo, al ecologismo y al anticapitalismo que la militancia tradicional, renovando el campo alteractivista.

La desdemocratización bolsonarista

El gobierno provisional de Michel Temer (2016-2018) abrió el camino para que el campo autoritario-reaccionario pudiese crecer, impulsando una serie de contrarreformas. Su principal documento programático titulado *Puente para el futuro*, pasó

a conocerse en los sectores críticos como *Salto hacia el pasado* o *Puente hacia el abismo*, debido al desmantelamiento de lo que había sido construido en los gobiernos del PT. Entre estos retrocesos postulaba el fin de la política de aumento del salario mínimo, la desvinculación del Presupuesto de la Unión de la asignación de recursos a áreas como salud y educación y la eliminación de derechos laborales. Derechos laborales y sociales conquistados a lo largo de varias décadas y generaciones de lucha pasaron a ponerse en cuestión. El discurso oficial de la crisis reavivó también el *there is no alternative* alrededor de políticas privatizadoras, de recortes y de austeridad.

Aunque se puedan establecer *a posteriori* muchas líneas de continuidad entre el golpe y la victoria electoral de Jair Bolsonaro en 2018, el resultado de la contienda electoral no dejó de ser sorpresivo. La agenda de Bolsonaro estuvo marcada por una impronta de carácter oposicional, pero bajo la negación es posible entrever sus líneas programáticas.

Una primera prioridad política fue el intento de romper con los pactos institucionales y las orientaciones políticas que buscaban generar, a pesar de todas sus deficiencias y limitaciones, diálogos entre los tres poderes y entre el Estado y la sociedad. Se desmantelaron muy rápidamente

todos los Consejos que se habían creado para la participación popular en las instituciones y se llevó a cabo un vaciamiento de los órganos públicos. Igualmente, se buscó desconfigurar el entramado institucional que le restaba poder al Ejecutivo en detrimento de diálogos más fuertes con la sociedad y con el Legislativo. La tensión con el Poder Judicial fue fortísima, principalmente por las múltiples investigaciones y sospechas de corrupción contra Bolsonaro, sus hijos y colaboradores cercanos, siendo el caso del asesinato de la consejala Marielle Franco el más emblemático. Hay, por lo tanto, un primer bloque de políticas que apuntan a la centralización del poder político en el presidente y en el núcleo duro del Ejecutivo con un carácter fuertemente autoritario.

Un segundo elemento importante de la agenda tiene que ver con la disputa cultural y de una agenda moral, muy influenciada en un primer momento por un pseudo filósofo, muy importante para la emergencia del bolsonarismo, que es Olavo de Carvalho. Aquí entran iniciativas diversas, con tono beligerante y revanchista que apuntan a una “guerra cultural”. En la educación, eso se plasma en proyectos como “Escuela sin partidos” y “Future-se”, con consecuencias notables de recortes presupuestarios en la educación pública, persecución a docentes, posibilidades de privatización y un

agresivo enfrentamiento a la autonomía universitaria y a las disciplinas que reúnen un campo más crítico en las universidades públicas. Para ello, se construyó un discurso, avalado por parte de la población, de que habría que priorizar aquellas áreas del conocimiento que son rentables o que traen “beneficios inmediatos” a la sociedad. Se podría mencionar también una serie de iniciativas políticas que son adaptaciones “a la brasileña” de una gramática política más amplia, que se ha difundido por el mundo en los últimos años, vinculada a la “ideología de género”, “el marxismo cultural” o lo que denominan como “antiglobalismo”. A su vez, la crítica a los medios de comunicación convencionales y la apuesta por una comunicación supuestamente más directa con los ciudadanos por las redes sociales, principalmente el antiguo *Twitter* (actual X), hace que muchos definan a Bolsonaro como “populista”.

Una tercera base importante de la agenda de Bolsonaro y del bolsonarismo es el neoliberalismo autoritario. Son varias las propuestas concretas que avanzaron en el terreno de las privatizaciones, las políticas de austeridad, la reducción del papel del Estado, las reformas económicas (como la de la previdencia realizada en 2019) y la ampliación de las fronteras extractivas en la Amazonia, aunque también en otros biomas y regiones del

país. En este frente, el gobierno contó con el apoyo de buena parte del empresariado, del agronegocio y de las alianzas políticas que vieron a Bolsonaro como funcional a una agenda rentista y de expropiación. Además del ministerio de economía, la carpeta de medioambiente jugó un papel clave, ya que en plena crisis ambiental se buscó avanzar en una serie de cambios administrativos (por ejemplo, la suspensión de contratos con ONG, la dimisión de funcionarios de los órganos públicos de control, la flexibilización de la legislación y de la aplicación de multas ambientales, entre muchas otras medidas) que iban en dirección diametralmente opuesta a las salidas necesarias. Estas políticas, además, se basan en una concepción profundamente colonial y racista, que explicita la inferiorización y el odio a las minorías y lleva a cabo, como consecuencia, un ecocidio y un genocidio de los pueblos indígenas y de la selva.

Finalmente, podemos ubicar un cuarto eje de políticas más sectoriales, pero con peso importante en el proyecto del bolsonarismo como un todo. El ejemplo más emblemático fueron las políticas vinculadas a la seguridad pública. La mayoría de la población brasileña considera que la inseguridad es el principal problema del país. ¿Qué tiene que ofrecer la izquierda sobre eso? ¡Poco! ¿Qué dijo Bolsonaro? “Eso es una prioridad”. El problema es cómo lo

hizo, buscando armar a la población y fortaleciendo la militarización, la vigilancia y la infraestructura policial. Algunas medidas anunciadas en su campaña fueron llevadas a cabo, como un decreto que facilitó la posibilidad de poseer armas. Otras, como la reducción de la mayoría de edad penal, no lograron avanzar fácilmente. Finalmente, aunque Bolsonaro no haya logrado tipificar acciones de los movimientos sociales como actos terroristas, en la práctica todos sus opositores fueron tratados como enemigos e, incluso, subversivos en una lógica de guerra permanente.

Frente a este escenario agresivo de retroceso democrático, los dos colectivos más importantes en la resistencia contra las políticas de Bolsonaro fueron los movimientos feministas e indígenas que protagonizaron las luchas por el *Fora Bolsonaro*. En todo caso, buena parte de las luchas sociales pasaron a tener un carácter más defensivo y reactivo durante su gobierno, dado que gran parte de la militancia popular se dedicó a la defensa de los derechos conquistados históricamente (sociales, laborales, de seguridad social, etc.) antes que a nuevas agendas.

La derechización como un proceso y el rol “pivote” del campo liberal-conservador

La destitución de Dilma Rousseff y la victoria electoral de Bolsonaro son dos acontecimientos clave que ponen en jaque la Nueva República brasileña y sus pilares. El largo ciclo político que emerge a partir de finales de los años setenta con la contestación a la dictadura y al régimen militar se va cerrando, por más que la Nueva República demuestre, en su larga decadencia, una alta capacidad de resiliencia a las crisis orgánicas y a las fuertes turbulencias.

Como hemos visto, durante cuatro décadas este ciclo político fue protagonizado por fuerzas que, aunque se presentaban como fuertemente enfrentadas en el debate público, eran moderadas políticamente y convergían en la defensa del imaginario democrático, la orientación hacia políticas sociales focalizadas y el neoliberalismo, con énfasis y grados distintos de defensa e implementación del pacto social-liberal. Desde 2013, todos los actores que protagonizaron este ciclo político, con destaque para agentes del campo popular-democrático y para el campo liberal-conservador, fueron fuertemente interpelados y perdieron legitimidad. Junio de 2013, en sí, no era

exclusivamente de derechas ni de izquierdas. La dificultad en aprehender sus sentidos reside precisamente en que era, simultáneamente, las dos cosas. Un acontecimiento altamente heterogéneo, pero que fue “rentabilizado” posteriormente en el plano público principalmente por las derechas más radicalizadas.

Desde entonces, se produjo una derechización progresiva de la política nacional en la que el campo liberal-conservador mostró que actúa en la política nacional como un *campo pivote*. Así como el apoyo de una parte importante de los agentes del campo liberal-conservador fue fundamental para que el PT y el campo democrático-popular asumiera el gobierno a principios de siglo, lo mismo ocurrió con la victoria de Bolsonaro. Con este rol de pivote, el campo liberal-conservador juega un papel central en la formación de coaliciones para estabilizar, pero también para desestabilizar otros campos, alineándose tácticamente con una multiplicidad de actores, dependiendo de la situación política y de los vientos de la geopolítica y la geoeconomía.

Para entender la derechización de la política brasileña y el ascenso del campo autoritario-reaccionario es crucial considerar el rol del campo liberal-conservador en este proceso. Esto puede contribuir, además, a comprender cómo los campos popular-democrático y alteractivista se han

visto desplazados en los últimos años, aunque de formas diferentes: el primero, perdiendo su hegemonía y convirtiéndose en sinónimo de lo viejo y referencia a la defensa del orden (de la democracia liberal, pero también del ciclo político de la Nueva República entendido como el *statu quo*); y el segundo, teniendo su momento de esplendor en el auge del ciclo de protestas, pero desinflado por una combinación de criminalización, represión y reapropiación del espíritu de protesta, que llevó a que el “marco anti-institucional” se haya movilizado por parte de la derecha más radical.

En cualquier caso, el avance del campo autoritario-reaccionario en el Brasil contemporáneo no puede resumirse solo a un “oportunismo político” o a una buena lectura de la coyuntura política brasileña. La disputa es más profunda y ha surgido de la confluencia de tres pilares complementarios de intervención política. En primer lugar, la protesta callejera que sirvió como forma de legitimación ante los medios de comunicación, la sociedad y sus antagonistas. En segundo lugar, la acción institucional, orientada hacia el Estado para, paradójicamente, dismantelar los pilares estatales y desarrollar el autoritarismo ultraliberal. Finalmente, el tercer pilar está relacionado a la disputa cultural y territorial, como base espacial, social, personal y cultural de su acción política.

Veamos con más detalles estos tres pilares del ascenso del campo autoritario-reaccionario.

En cuanto al protagonismo en las calles, individuos y colectividades relativamente pequeños y descentralizados que ya venían organizándose se movilizaron de forma masiva a partir de junio de 2013 para disputar los sentidos de aquel acontecimiento crítico y sumar sus voces al mismo al coro de agendas y demandas cacofónicas. Los ya mencionados MBL y *Vem Pra Rua* empezaron a identificarse como “grandes movimientos populares” y fueron importantes en la amplificación y difusión de las agendas conservadoras.

Dentro de las instituciones y del Estado, desde 2003 se forjaron amplias representaciones legislativas (*bancadas*) que pasaron a aglutinar de forma más consistente a parlamentarios y agendas vinculadas al campo liberal-conservador y autoritario-reaccionario. También se crearon nuevos partidos, como el partido Novo en 2011, mientras que la derecha más periférica empezó a movilizarse en oposición a los partidos de derecha más tradicionales del campo liberal-conservador. Estas tensiones internas y las diferentes posiciones según los acontecimientos y las agendas son importantes para observar los puntos de aproximación y distanciamiento entre los campos

liberal-conservador y autoritario-reaccionario a lo largo de los últimos años.

Se unió a eso una amplia movilización digital en las redes sociales y un progresivo anclaje territorial basado en políticas con fuerte contenido religioso, en general con mensajes individualistas y redentores. Mariz (1994) mostró, en un estudio pionero realizado en la década del ochenta, cómo el surgimiento de las iglesias evangélicas protestantes en Brasil se produjo a partir de la movilización religiosa de problemas estructurales que afectan directamente a la población (como la pobreza, el desempleo, etc.), ofreciendo una salida individualista. Su crecimiento exponencial en las últimas décadas está asociada a una política de “puerta a puerta” y de movilización de contactos y redes de afinidad, a la vez que por ingentes recursos económicos. La ausencia de la presencia estatal en muchos territorios periféricos, pero también de actores de izquierda que solían estar presentes antes en estos mismos lugares, generó un caldo de cultivo fértil para la expansión del evangelismo político conservador.

El ocaso de la Nueva República y los peligros de la “hipnosis de la democratización”

A principios de la Nueva República, el campo popular-democrático hacía un trabajo de base territorial muy sólido, movilizándolo la educación popular y el peso de las comunidades eclesiales de base. Eso fue abandonado progresivamente en los noventa, sea por el giro institucional del Partido de los Trabajadores que creía que bastaría gobernar para los más pobres, sea por el deterioro de la situación social y económica, con el incremento de la violencia en las periferias urbanas. Hoy día, hay una disputa conservadora sobre los sentidos de lo popular y la idea de “guerra cultural”, tan extendida en otras latitudes, también fue apropiada por las derechas radicales en Brasil. Ante este escenario, el campo autoritario-reaccionario en Brasil critica explícitamente e impugna activamente la Nueva República, sus agentes, agendas e imaginarios, en varios momentos articulados con agentes del campo liberal-conservador. Es así como el bolsonarismo se configura como un movimiento destituyente y como un proyecto de reacción y de destrucción tanto del ciclo progresista petista como del

ciclo político de la Nueva República como un todo. Aunque en su base estuviera la democratización y un imaginario democrático, no podemos caer en la trampa de una narrativa calcada en la “hipnosis de la democratización”, que visualiza la Nueva República como una era dorada, que se contrapone de forma dicotómica con el autoritarismo dictatorial previo y con la desdemocratización posterior, sin tener en cuenta los matices y los múltiples escollos de la Nueva República.

Reivindicar la Nueva República frente a los autoritarismos de ayer y de hoy no puede implicar la ceguera analítica ante esta peligrosa hipnosis de la democratización, que impidió visualizar, pensar y combatir, de manera más profunda en los últimos años los actores conservadores y los problemas seculares y estructurales del Brasil. Las grandes preguntas fueron perdiendo fuerza. Se subestimaron las disputas de la cultura y de la sociedad por parte de actores conservadores. En un extremo opuesto, se sobreestimó la capacidad de las “instituciones” en la política (como si fueran autosuficientes y no importaran los actores, ni las ideologías), así como la irrupción de las “nuevas clases medias”. Se dejó de lado una serie de violencias y desigualdades que no hacían más que ampliarse y reproducirse, incluso en los gobiernos petistas. Tampoco se daba tanta importancia a las dimensiones más

invisibles de la política, que ahora parecen obvias, como el crecimiento progresivo de sectores religiosos ultraconservadores no solo en el Legislativo (la “bancada evangélica”), sino también en los territorios. De alguna manera, el propio PT y buena parte de la intelectualidad brasileña vinculada al campo popular-democrático forjó un diagnóstico distorsionado de la sociedad brasileña de que “las cosas iban muy bien”, algo alejado de la realidad y de los propios anhelos de las clases populares.

Frente a este escenario, la correlación de las fuerzas políticas también fue cambiando, articulando agentes del campo liberal-conservador y del campo autoritario-reaccionario, antes neutralizados. La élite empresarial nacional, los grupos religiosos ultraconservadores y las fuerzas armadas fueron adaptándose al nuevo escenario, con un perfil distinto al que tuvieron décadas atrás. En el caso de los empresarios y de los militares, quizás lo más destacado sea el abandono progresivo (hoy total) de un proyecto de país. No hay que olvidar que durante buena parte del siglo XX se llevó a cabo en Brasil una alianza populista nacional-desarrollista que funcionó como una especie de orientación “nacional-burguesa”, tal como lo denominó en su momento Caio Prado Jr. El proyecto de industrialización orientado hacia dentro, sin embargo, no solo dejó de existir, sino

que abrió paso en las últimas décadas a un modelo de reprimarización brutal de la economía. Hace ya tiempo que no existe algo parecido a una “burguesía nacional” entre los empresarios ni tampoco una *intelligentsia* militar brasileña que busque pensar el país de forma autónoma. Unido a las dinámicas de transnacionalización y financiarización del capitalismo, hemos visto en los últimos años una total sumisión de la política brasileña al neoliberalismo y al Norte, que llegó a un límite extremo con Bolsonaro. En medio a esta falta de un proyecto nacional y ante el descrédito del sistema político, los religiosos ultraconservadores encontraron un terreno fértil para que su expansión de hace décadas se consolidara políticamente. Si el escenario anterior ya era complejo, con Bolsonaro llegó la barbarie, reforzando el fisiologismo político más duro.

La Nueva República se derribó. Convivimos hoy con sus ruinas, pero no estamos necesariamente ante un nuevo ciclo autoritario o reaccionario. Aunque la derecha radical tiene un peso creciente en la sociedad y en la política, en un sentido estricto no se ha formado todavía un nuevo ciclo político con capacidad para reorganizar a las instituciones, a los agentes y las agendas. Para que un nuevo ciclo político emerja no basta con que el anterior se hunda. Es necesario un período de sedimentación

del proceso sociopolítico y que algunas agendas, agentes e instituciones se configuren de forma más estable.

Las formas previas de construcción del orden social y de dinamización de la vida política parecen agotadas, sin que otras se hayan cristalizado todavía, por más que pueda haber diferentes expresiones novedosas en marcha. Vivimos, por ello, un interregno marcado por el caos generalizado. El caos, sin embargo, no implica la ausencia total de cualquier tipo de lógica, sino la producción de una permanente desestabilización en una realidad, brasileña y mundial, caracterizada por la turbulencia, la fragilidad y la inestabilidad.

Así como el fortalecimiento público de las derechas autoritarias en Brasil no fue abrupto, sino progresivo, tampoco podemos afirmar ningún tipo de inevitabilidad en el horizonte político. El futuro de las próximas décadas seguramente está en juego en este momento de interregno y de ahí la importancia de examinar los sentidos de la reconstrucción del país y sus obstáculos.

Los sentidos de la reconstrucción del país

Tras cuatro años de un gobierno de destrucción masiva, Brasil intenta desde 2023 reconstruirse a duras penas. La tarea es ardua, dado que la gestión de Bolsonaro ha dejado un saldo desastroso. Buena parte de los marcos de convivencia sociopolítica construidos desde la redemocratización política fueron desmantelados. Los derechos sociales y los servicios públicos sufrieron fuertes retrocesos. El genocidio pandémico, el etnocidio indígena y el ecocidio representan diferentes facetas de una política de muerte: el desprecio por la vida ante la covid-19, el asesinato de guardianes y defensores/as del territorio, la destrucción de biomas y de la biodiversidad. A ese cuadro, se suma el endeudamiento del país, el retroceso en la política internacional y el deterioro de las condiciones de vida, con el aumento de la violencia, la militarización, el hambre, la pobreza y las desigualdades. En pleno desarrollismo de mediados del siglo XX, el entonces presidente brasileño Juscelino Kubitschek,

con su afán de progreso acelerado, prometió crecer cincuenta años en cinco. Con Bolsonaro, el país retrocedió cuarenta años en cuatro.

Pero ¿cómo, a pesar de todo eso, Bolsonaro casi logró reelegirse? Una respuesta inicial podría ser que Bolsonaro entregó buena parte de sus promesas, como la liberalización del porte de armas. Mantuvo también su estilo beligerante, que permitió insuflar su base social y a sectores diversos y heterogéneos de la sociedad brasileña, desde el empresariado a sectores populares. A su vez, el trabajo territorial de grupos religiosos conservadores, de milicias en las periferias urbanas o del agronegocio armado en zonas rurales aseguró un anclaje coercitivo y subjetivo de su proyecto. La disputa narrativa ha sido constante. Estos y otros factores hicieron con que, aunque el rechazo a Bolsonaro creció en la derecha más moderada que lo había apoyado antes, pudiese llegar con fuerza a las elecciones presidenciales de 2022.

Lula sin lulismo y bolsonarismo sin Bolsonaro

Las elecciones de octubre de 2022 fueron históricas y tuvieron tres características principales: una

fuerte polarización entre el antibolsonarismo y el antipetismo; una intensa batalla moral, que puso la religión y los valores en el centro de la agenda y tuvo como marco la *Carta a los Evangélicos* de Lula, en la cual se pronunció contra el aborto y a favor de la libertad religiosa para intentar calmar los ánimos de los sectores neopentecostales; y el protagonismo de narrativas de pasado, con Bolsonaro y Lula aludiendo más a los supuestos puntos fuertes de sus gobiernos anteriores que a una agenda de futuro.

La campaña de Bolsonaro desplegó una verdadera guerra sucia, marcada por la desinformación y la utilización indebida de la maquinaria estatal. Los discursos de odio contra los movimientos sociales y los habitantes del Nordeste del país (base principal del voto de Lula) se alternaban con amenazas e intimidaciones. Era muy difícil armar una campaña con todo eso en contra. La estrategia de Lula da Silva fue formar un frente amplio, con socios de diferentes partidos e ideologías, a su izquierda y a su derecha. La máxima expresión de eso fue el fichaje del conservador y antiguo contrincante Geraldo Alckmin, como socio principal, para la vicepresidencia. El dúo Lula-Alckmin escenificó un intento de resucitar la Nueva República ante su lecho de muerte, con parte de los agentes más fuertes y enfrentados en aquel ciclo político ahora compitiendo juntos, más allá de sus diferencias históricas. Más allá de

las articulaciones políticas desde arriba, hubo una amplia movilización de la sociedad brasileña contra Bolsonaro en las calles, en los barrios, en las redes y en los círculos de afinidad.

La plataforma política liderada por Lula ganó la segunda vuelta por menos de dos puntos de diferencia. Fueron las primeras elecciones en las que el derrotado no se pronunció inmediatamente tras conocer los resultados. Ante el silencio estratégico de Bolsonaro, los grupos de *WhatsApp* y las redes bolsonaristas no tardaron en difundir noticias falsas sobre un supuesto fraude en la primera vuelta que debería impugnar el resultado final. Y en todos esos grupos se pasó a alentar la movilización activa contra el gobierno elegido. El resultado no tardó en llegar, con cortes de ruta por camioneros y diversos tipos de concentraciones y protestas golpistas. El gobierno de transición empezó a trabajar en un clima de incertidumbre e inestabilidad. Y pocos días tras la asunción del nuevo gobierno se produjo un brutal ataque a los tres poderes. Una marcha anunciada de turbas bolsonaristas destrozó el 8 de enero de 2023 las sedes del Poder Ejecutivo, Legislativo y Judicial en lo que fue algo mucho más grave que un mero “Capitolio tropical”.

El presidente Lula empezó así su tercer mandato ante un desafío enorme: reconstruir el país

ante una extrema derecha movilizada y arraigada en la sociedad y con mucho peso en el Congreso y en el Senado. Además, si el Frente Amplio fue crucial para ganar las elecciones, pasó enseguida a convertirse en un escollo para gobernar con cualquier perspectiva de cambio, por lo cual el nuevo Ejecutivo pasó a proyectarse como un gobierno de contención, pero no de transformación.

El escenario que se configura está marcado por *Lula sin lulismo* y el *bolsonarismo sin Bolsonaro*. Ese fenómeno ocurre porque Lula regresa a la presidencia con un hiperliderazgo carismático (otro candidato no hubiese ganado las elecciones), pero sin su amplia base social y modelo socioeconómico y de gobernabilidad previo (el lulismo), imposible de recomponer frente a la nueva coyuntura; mientras tanto, Bolsonaro se va de la presidencia, alejándose de los focos mediáticos y sin tener tanto peso como líder político, pero dejando una base social y política movilizada con un proyecto cultural y societal reaccionario para el país: el bolsonarismo. Y sabemos que proyectos con arraigo social no se derrotan en una elección. El bolsonarismo, además, como recuerda Nunes (2024), expresa una convergencia de diferentes tendencias con anclajes múltiples, por más que el arreglo de fuerzas políticas que lo expresa no sea ni coherente ni necesariamente estable.

Las contradicciones y los sentidos de la reconstrucción

La idea de reconstrucción ha sido planteada y promovida amplia y generalizadamente en el Brasil de los últimos años. Es una idea omnipresente en las discusiones políticas y se convirtió en el lema del nuevo gobierno de Lula. Sin embargo, pocas veces se cuestiona en términos sustantivos qué significa dicha reconstrucción. Entiendo que hay tres sentidos principales inherentes al proyecto de reconstrucción del país: la restitución, la restauración y la transformación.

La reconstrucción entendida como *restitución* es una forma de reponer aquello que fue usurpado y destruido y de reintegrar agendas, a la vez que reinstitucionalizar espacios, dinámicas y procedimientos. Esta forma de entender la reconstrucción tiene una dimensión práctica e inmediata para tratar de recomponer lo que se destruyó durante el gobierno de Bolsonaro. Es una especie de reparación de corto plazo. Con frecuencia, esta perspectiva de la reconstrucción es acompañada por un segundo sentido, el de *restauración*. En este caso, más que políticas concretas, estamos ante una aspiración de restaurar un estado de cosas. Un anhelo por

regresar a una forma de gobierno y a un momento previo al cual, obviamente, no podemos volver. Hay, además, un tercer sentido de la reconstrucción, lamentablemente mucho más ausente tanto de los discursos como de las formulaciones políticas concretas: la reconstrucción entendida como *transformación*, como volver a construir, sentando nuevas bases y buscando forjar nuevos horizontes culturales, económicos y políticos.

El tercer gobierno de Lula da Silva, así como buena parte de los progresismos latinoamericanos actuales –con la excepción notable del caso colombiano que ha buscado generar nuevos imaginarios y el de Chile que no tiene referente cercano en el tiempo de inspiración– son progresismos de restauración. En esta línea, los discursos de Lula y de los miembros del PT en los últimos años buscan disputar el presente a partir de un pasado reciente que se trasmite como mucho mejor para todos. Igualmente, se presentan como la única fuerza posible de contener el avance de la extrema derecha, generando, de forma paradójica, movimientos que fortalecen el conservadurismo político, a la vez que bloquean la posibilidad de surgimiento de una verdadera renovación política.

Hay que reconocer, dentro del carácter contradictorio y dinámico de la vida política, que esta perspectiva restauradora no implica una mera

repetición. Por un lado, aparecen hoy en el programa de gobierno de “Lula 3” muchos elementos que fueron pilares centrales de los gobiernos anteriores del Partido de los Trabajadores y de los progresismos latinoamericanos de principio de siglo, como las políticas sociales focalizadas hacia el hambre y la pobreza (se propone, por ejemplo, crear un nuevo Bolsa Familia) y la narrativa desarrollista (aunque ahora con un intento de atenuarse por un discurso de la sostenibilidad). Por otro lado, también hay algunos elementos novedosos que se asoman, aunque muchas veces son todavía simbólicos en términos estructurales.

Algunos ejemplos podrían ser un espacio de mayor protagonismo para los pueblos indígenas, para la juventud, la población negra, LGTBI y las mujeres. En esta dirección destaca la creación del Ministerio de los Pueblos Indígenas y del Ministerio de Igualdad Racial. También destacan en la agenda de gobierno, la centralidad de la Amazonia y de la cuestión climática, con guiños, muy contradictorios, a la movilidad sostenible y a una transición ecológica y energética; o la propuesta de revisión del régimen fiscal brasileño y de una reforma solidaria y justa. Más allá de las agendas, la gobernabilidad es mucho más inestable, debido a una correlación de fuerzas desfavorable en el Legislativo y en la sociedad.

Ante el difícil escenario interno, el tercer gobierno de Lula da Silva parece apostar por una “estrategia *boomerang*”: aprovechar su legitimidad internacional para recabar recursos y apoyos para afrontar la crisis interna. En un escenario global de guerras, transiciones ecológicas corporativas, policrisis civilizatoria y fracaso del multilateralismo, el nuevo gobierno brasileño pretende ejercer un liderazgo en la agenda climática y en la retomada de una agenda latinoamericana y del Sur. Sin embargo, esas aspiraciones parecen tomar más la dirección del fortalecimiento de una agenda corporativa, afín a los dictámenes del capitalismo global actual, insertando a Brasil de lleno en el emergente *Consenso de la Descarbonización* (Bringel y Svampa, 2023), un nuevo acuerdo global entre las élites políticas y económicas mundiales que, discursivamente, apuesta –en el medio y largo plazo– por el cambio de la matriz energética basada en los combustibles fósiles a otra sin (o con reducidas) emisiones de carbono, asentada en las energías “renovables”.

Pero bajo el mantra de la descarbonización y la lucha contra el calentamiento global, el gobierno de Lula busca liderar en América Latina un *gatopardismo fósil*. Se reconoce la gravedad de la emergencia climática, pero se construyen políticas y horizontes no solo insuficientes, sino con

gravísimos impactos socioambientales, dado que se intensifica la explotación de los bienes naturales y se mantiene la ideología del crecimiento económico indefinido. La forma y la temporalidad de la transición energética hegemónica aparece, en esta lógica, como compatible con la extracción de más petróleo, con el caso emblemático de la exploración de petróleo en la Cuenca de Foz del Amazonas, en el estado de Amapá, que puede convertirse en el nuevo “Belo Monte” del gobierno “Lula 3” (Pacto Ecosocial e Intercultural, 2023), generando crisis interna en el gobierno, fuerte oposición de comunidades y movimientos sociales y alta conflictividad social, desestabilizando el Ejecutivo.

Las transiciones necesarias

Tras años a la defensiva, con la extrema derecha marcando la agenda, lo fundamental ahora es retomar la iniciativa política. En tiempos de interregno nacional y global, es crucial avanzar en políticas de transición ecosociales que tengan una mirada de corto, medio y largo plazo, y que sean justas y populares. En el horizonte debería estar rechazar y no apoyar las falsas soluciones al cambio climático,

a la vez que incrementar la inversión pública para fortalecer las múltiples iniciativas comunitarias y territoriales.

No se trata de empezar de cero o apelar a utopías lejanas. En todo Brasil existen hoy innumerables iniciativas, experiencias territorializadas y redes que están construyendo utopías concretas. El hecho de que no sean muy visibles en la escena política no significa que no existan. De hecho, muchas han ido creciendo en los últimos años, como las múltiples luchas ecoterritoriales que han forjado resistencias y alternativas en lo alimentario (agroecología y soberanía alimentaria), lo energético (con energías realmente renovables, gestionadas de forma democrática, descentralizada y desconcentrada, con protagonismo de las comunidades) y lo productivo (con un tejido de economías populares, alternativas y solidarias todavía vivo).

También han cobrado especial destaque los movimientos indígenas, negro y feminista, que hoy están reconstruyendo las lógicas vinculadas al cuidado, muchas veces en formatos comunitarios, bien como tejiendo alternativas societales al modelo patriarcal y heteronormativo dominante. Además de las protestas contra la postura racista, sexista, misógina homófoba y LGTBfóbica de la política institucional (y de gran parte de la sociedad), los feminismos han avanzado en múltiples direcciones

en los últimos años en Brasil, ya sea con redes de apoyo en situaciones de aborto y contra la violencia doméstica o con la politización cada vez más transversal e intergeneracional del debate intergeneracional sobre los cuerpos, la sexualidad, el género y su conexión con las múltiples formas de opresión. El avance, aunque todavía tímido, de candidaturas de mujeres, negras, lesbianas y trans en las últimas elecciones es solo la punta del iceberg de un proceso más amplio en marcha.

Cualquier proceso de reconstrucción de Brasil, que se pretenda transformador, tiene que partir de las agendas, miradas y articulaciones que vienen de estas y otras luchas que no renuncian, en su día a día, a construir otro Brasil posible. Solo a partir de estas voces críticas podremos reconstruir el país y darle un nuevo sentido al proceso sociopolítico, huyendo de cualquier apriorismo finalístico, para forjar una nueva direccionalidad capaz de reconstituir los vínculos entre lo social y lo político y de transitar hacia las transformaciones ecosociales necesarias en este dramático momento.

Mientras buena parte de los debates y de las políticas actuales miran al pasado y a los intereses corporativos, las luchas y movimientos pueden contribuir a forjar las políticas de transición necesarias para Brasil como una ventana política para re-imaginar el país que queremos. Debemos

reconocer que las organizaciones y los movimientos sociales brasileños conocen mejor el país y los debates centrales de nuestro tiempo histórico que aquellos que formulan las políticas y nos gobiernan. Tienen mucha experiencia y conocimiento acumulado sobre temas clave y deberían liderar un programa amplio, dialogado y transversal, de transición, con protagonismo popular y centralidad para la cuestión democrática y ecosocial. Si eso no avanza, nos restarán islas de resistencias, mientras somos empujados hacia un deterioro todavía mayor de las condiciones de vida y de los ecosistemas, a la deriva de nuevos crímenes como los de Mariana y Brumadinho y de nuevos colapsos localizados, como el ocurrido en Río Grande do Sul en mayo de 2024.

Bibliografia

- Abranches, Sérgio (1988). Presidencialismo de coalizão: o dilema institucional brasileiro. *Dados*, 31(1), 5-34.
- Alonso, Ângela (2023). *Treze: A política de rua de Lula a Dilma*. Sao Paulo: Companhia das Letras.
- Alonso, Ângela; Mische, Ann (2016). Changing Repertoires and Partisan Ambivalence in the New Brazilian Protets. *Bulletin of Latin American Research*, 36(2), 144-159.
- Brachet-Márquez, Viviane (1996). *El pacto de dominación: estado, clase y reforma social en México*. México: El Colegio de México.
- Bresser-Pereira, Luiz Carlos (1997). Interpretações sobre o Brasil. In: Maria Rita Loureiro (Org.) *50 anos de Ciência Econômica no Brasil*. Rio de Janeiro: Editora Vozes, 17-69.
- Bringel, Breno (2013). Miopias, sentidos e tendencias do levante brasileiro de 2013. *Insight Inteligência*, 62, 42-53.

- Bringel, Breno; Domingues, José Maurício (2022). Ciclos políticos: su conceptualización y la América Latina contemporánea. En: Esteban Torres y José Maurício Domingues (Eds.). *Nuevos actores y cambio social en América Latina* (pp. 263-280). Buenos Aires: CLACSO.
- Bringel, Breno; Donoso Ramos, Andrés (2020). Movimientos Sociales y teoría sociológica em América Latina: conversación con Breno Bringel. *Cuadernos Americanos*, 171, 109-126.
- Bringel, Breno; Martínez, Alexandra; Muggenthaler, Ferdinand (Eds.) (2021). *Desbordes: estalidos, sujetos y porvenires em América Latina*. Quito: Fundación Rosa Luxemburgo.
- Bringel, Breno; Pleyers, Geoffrey (2015). Junho de 2013, dois anos depois: polarização, impactos e reconfigurações do ativismo no Brasil. *Nueva Sociedad*, 4-17.
- Bringel, Breno; Svampa, Maristella (2023). Del Consenso de los Commodities al Consenso de la Descarbonización. *Nueva Sociedad*, 306, 51-70.
- Chequer, Rogerio; Butterfield, Colin (2016). *VemPraRua: A história do movimento popular que mobilizou o Brasil*. Sao Paulo: Matrix.
- Dagnino, Evelina (2004). Confluência perversa, deslocamentos de sentido, crise discursiva. En: Alejandro Grimson (Ed.). *La cultura en las crisis latinoamericanas* (pp. 195-216). Buenos Aires: CLACSO.

- Domingues, José Maurício (2013). Social liberalismo y dominación global. *Geopolítica(s)*, 4(2), 183-198.
- Di Tella, Torcuato (1985). *Sociología de los procesos políticos: una perspectiva latinoamericana*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Tavares, Francisco; Ballestrin, Luciana; Mendonça, Ricardo Fabrino (Orgs.) (2022) *Junho de 2013: sociedade, política e democracia no Brasil*. Rio de Janeiro: EdUERJ.
- Garretón, Manuel Antonio (2002). La transformación de la acción colectiva en América Latina. *Revista de la CEPAL*, 76, 7-24.
- Mariz, Cecilia (1994). *Coping with poverty: Pentecostals and Christian base communities in Brazil*. Philadelphia: Temple University Press.
- McAdam, Doug (1982). *Political Process and the Development of the Black Insurgency: 1930-1970*. Chicago: Chicago University Press.
- Medeiros, Marcelo; Souza, Pedro y Castro, Fábio (2015). O topo da distribuição de renda no Brasil: primeiras estimativas com dados tributários e comparação com pesquisas domiciliares (2006-2012). *Dados*, 58(1), 7-36.
- Michiles, Carlos et al. (1989). *Cidadão constituinte: a saga das emendas populares*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Nascimento, Maria Paula (2007). Lutas democráticas contra a ditadura. En: Jorge Ferreira y Daniel

- Aarão Reis (Orgs.) *Revolução e democracia (1964 -...)* (pp. 321-353). Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Nunes, Rodrigo (2024). *Bolsonarismo y extrema derecha global. Una gramática de la desintegración*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Ospina, Pablo (2020). *La aleación inestable. Origen y consolidación de un Estado transformista: Ecuador: 1920-1960*. Buenos Aires/Quito: Teseo/Universidad Andina Simón Bolívar.
- Pacto Ecosocial e Intercultural del Sur (2023). *No más petróleo, ni transición energética a cualquier coste en Brasil*. <https://pactoecosocialdelsur.com/no-mas-petroleo-ni-transicion-energetica-a-cualquier-coste-en-brasil/>
- Pleyers, Geoffrey (2010). *Alter-Globalization: Becoming Actors in the Global Age*. Cambridge: Polity Press.
- Sader, Eder (1988). *Quando Novos Personagens Entraram em Cena: experiências, falas e lutas dos trabalhadores da grande São Paulo: 1970-1980*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Sallum Jr., Brasílio (1996). *Labirintos: dos gerais à Nova República*. São Paulo: Hucitec, 1996.
- Share, Donald; Mainwaring, Scott (1986). Transição pela transação: democratização no Brasil e na Espanha. *Dados*, 29(2), 207-236.
- Singer, André (2012). *Os sentidos do lulismo: reforma gradual e pacto conservador*. São Paulo: Companhia das Letras.

- Svampa, Maristella (2010). Movimientos Sociales, matrices sociopolíticas y nuevos escenarios en América Latina. *Working Papers, OneWorld Perspectives*, Universität Kassel.
- Svampa, Maristella (2013). Consenso de los Commodities y lenguajes de valoración en América Latina. *Nueva Sociedad*, 244, 30-46.
- Svampa, Maristella (2018) *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires: Clacso y Siglo XXI.

Sobre el autor

Breno Bringel es profesor del Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Universidad del Estado de Río de Janeiro e investigador nivel 1 del Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (CNPq) de Brasil. También es investigador sénior en la Universidad Complutense de Madrid, agraciado por el Programa de Excelencia ‘Talento Investigador’. Coordina el Observatorio de Geopolítica y Transiciones Ecosociales (GeoEcos) en Madrid y el Núcleo de Teoría Social y América Latina (NETSAL) en Río de Janeiro. Ha sido profesor visitante en más de una docena de universidades de América Latina y de Europa y actualmente es miembro de la directiva de ALAS y editor de *Global Dialogue*, revista de la Asociación Internacional de Sociología. Sus investigaciones abordan el pensamiento latinoamericano, las transformaciones del activismo contemporáneo, los movimientos sociales, la (geo)política de las transiciones socioecológicas y la circulación transnacional de ideas,

conocimientos y protestas. Es miembro del Pacto Ecosocial e Intercultural del Sur e impulsa y participa de varias iniciativas de investigación-acción, experiencias de educación popular y redes activistas internacionales. Autor de una centena de artículos y más de una docena de libros, incluyendo con CLACSO los siguientes títulos: *Protesta e Indignación Global* (2017), *Antología del Pensamiento Crítico Brasileño Contemporáneo* (2018), *Alerta Global: políticas, movimientos sociales y futuros en disputa en tiempos de pandemia* (2020) y *Más allá del colonialismo verde: justicia global y geopolítica de las transiciones ecosociales* (2023).

Este libro busca realizar un análisis panorámico del proceso sociopolítico brasileño de las últimas cuatro décadas, poniendo en relación diferentes dinámicas y temporalidades, sin por ello atarse a lo meramente coyuntural. Analiza el origen y el ocaso de la Nueva República, el período iniciado en los años ochenta con el fin de la dictadura militar, que está siendo puesto en jaque en la última década con una dinámica gradual de retrocesos democráticos y ataques a sus principales pilares, incluyendo los agentes, agendas e instituciones que dominaran la escena pública en el Brasil contemporáneo.

ISBN 978-987-813-894-7



 CLACSO